



FRANK McFAIR

CITA DE MADRUGADA



OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapia», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «¡Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22.
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.
- «Camaradas enemigos», núm. 63.



SAN BERNARDO, 68, MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair (2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMLA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 » 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 » 62.—CAMINO DE PERDICON, por John Nebot.
 » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 » 65.—ODIO, por Alf Manz.

En preparación:

«KILLER» A SUELDO.

*A O. C. Tavin, en prueba de
mi profunda admiración.*

FRANK C. McFAIR

La casualidad ha creado siempre situaciones y estados de cosas con las que la imaginación más robusta no podría ni soñar. No digáis nunca: «¡Qué casualidad ¡Eso es absurdo!» Pensad: «Eso puede suceder.»

I

7,30, P. M.^[1]



OBLÓ la esquina, cuando ya no veía al cupé castaño. Él, que de costumbre andaba lentamente y pisaba casi sin ruido, lo hacía ahora con rapidez, chocando sus desgastados tacones contra el pavimento. El cielo empezaba a anubarrarse y se presentía la lluvia que quizá templase un poco el ambiente.

Porque hacía un frío atroz. Lo sentía en cada uno de sus músculos y en cada una de sus articulaciones. Le entraba por las mangas del casi destrozado traje, le penetraba por el cuello sin corbata y le subía por las piernas.

Llovería... o nevaría. Eso era algo que a él no le preocupaba demasiado. Ocurriese lo que ocurriese, de nada le serviría ni mal ni bien podría hacerle.

La calle Ciento Veinticinco Oeste se alargaba ante él, con una perspectiva de casas semejantes. Bares, droguerías, bares, comercios, bares... así interminablemente. Se dice de Brooklyn que es el dormitorio de Nueva York. Pues Manhattan es su bebedero. Al ocurrírsele esta idea, el hombre se sonrió casi. Más bien fue una mueca.

Mientras andaba, mecánicamente, hacía sonar las monedas en el bolsillo de su pantalón. Por cierto que, al tacto, había descubierto un pequeño agujero. Tendría que llevar cuidado o perdería los pocos centavos que poseía. Y el caso era, también, que un trago...

Sí, no vendría absolutamente nada mal. Ciertamente que si la muchacha del cupé castaño lo supiese, lloraría de nuevo. Pero si no se enteraba, no tendría motivo para llorar.

Allí estaba. En la grisácea oscuridad que empezaba a apoderarse de la isla avanzando desde el Este, el letrero fluorescente anunciaba el nombre. Un nombre de la Europa Central, seguramente, lejos o una cosa así, pero que servía. Tras de aquel nombre se ocultaba copas y más copas de «*whisky*». Buen «*whisky*» de centeno.

Entró. Había varios hombres apoyados en el mostrador y otros cuantos más en las mesas. Se acercó a la barra y pidió una copa.

—Enséñeme —pidió el tabernero, un tipo moreno de robustos brazos muy velludos.

El hombre sacó una moneda de cincuenta centavos y la puso sobre el mostrador. Ni siquiera se ofendió. Ya se lo habían hecho varias veces. Llevaba el pelo demasiado largo, las ropas en muy mal estado y las manos le temblaban. Era lógico que los taberneros desconfiasen.

—Sirva hasta que se acabe —pidió.

A la primera copa sintió que un agradable calorcillo le subía desde el estómago. A la segunda empezó a pensar que al fin y al cabo a un hombre no le hacen daño un par de vasos de «*whisky*». Ni tres ni cuatro.

A la cuarta, después que hubo colocado en el mostrador otra moneda de medio dólar, se dijo que, puesto que unas cuantas copas no hacen daño a un hombre, podría tomar otras seis. Justo hasta

que fuese un dólar. Y, desde luego, se reformaría. Lo que ocurría es que las mujeres no debían ser así. Debían dejar que un hombre se bebiese de cuando en cuando un trago o dos, y no empezar a querer reformarlo. Se encontraba sin trabajo, con los nervios casi destrozados por la guerra... ¿Había algo de extraño en que quisiese olvidar un poco?

Aquella guerra... Peor que la anterior, sí, mucho peor. En la guerra mundial se había batido contra los alemanes en las Ardenas y contra los italianos en Sicilia. Pero había terminado enseguida. En cambio, ésta... Ver aquellos miles y miles de soldados amarillentos, con sus uniformes de piel de cordero avanzando mientras tocaban sus roncás trompetas, bayoneta en ristre para clavarla... en la coraza de los tanques... aquello era horrible.

Peleaban como fanáticos, aquellos amarillos, sin dar cuartel ni pedirlo. Fanáticos, eso es lo que eran, pensó con amargura. Fanatizados por unos oficiales tan amarillos como ellos, corrían y mataban y morían sin pausa ni respiro.

Llevaban gorros de piel y cuando se los cogía prisioneros se quedaban quietos, mirando estúpidamente a su alrededor. Los coreanos eran menos borregos, y tenían más individualidad, pero aun así... bueno, todo aquello resultaba horrible.

Hacía rato que las palabras de la discusión se estrellaban contra sus oídos y su mente registraba inconscientemente lo que oía. Pero no podría decir lo que era. Una voz de hombre y una voz de niño.

Se volvió. No estaba borracho, desde luego, pero las seis copas le habían hecho algún efecto. Se apoyó contra la barra y miró a su alrededor.

Ya no había nadie en el mostrador. Dos mesas hacia la izquierda había una pareja de negros. Y casi enfrente de él estaban los dos a los que oía.

—Cállate o te machaco —decía el hombre. El chiquillo, que tendría unos siete años, lloraba con estruendo creciente. Era rubio y tenía unos ojillos muy azules. Su ropa parecía de buena calidad. Delante del hombre había una botella de «whisky» y ya le había dado varios «tientos»[2] que la había dejado medio vacía.

—¡Quiero ir a mi casa! —berreó el pequeño, intentando levantarse. El largo brazo del hombre lo sujetó y, con la otra mano, le pegó en la mejilla. La cara del hombre estaba congestionada por

el alcohol y en sus ojos había un odio incontenible.

—¡Calla y calla! —ordenó volviéndole a abofetear. Los sollozos se convirtieron en gemidos ahogados de dolor y Harvey se dispuso a intervenir, cuando el negro se levantó de su asiento y le hizo una seña.

—Si vuelve a tocar al niño le parto la cochina cara —dijo el «moreno», levantando un puño como una maza sobre su cabeza. Era un mecánico o algo así y parecía fuerte como un toro. El hombre de la cara roja iba a contestar, pero lo pensó mejor y echó un largo trago de la botella. Luego se levantó, cogió al chico y se dirigió hacia la puerta. El negro lo siguió con la vista.

—Sin entrañas, eso es lo que es —dijo, dirigiéndose a Harvey y al tabernero.

—No debes meterte en broncas, Tom —le contestó el «barman». Ya sabes que la última vez...

—A veces es una lata eso de ser profesional —dijo, el negro mientras su compañera se ponía en pie—. No puede uno darle su merecido a un mal nacido de madre. Vamos, «paloma». Tú te vas mañana, ¿no? —le preguntó al tabernero. Éste asintió con la cabeza.

—Mañana por la mañana —dijo—. Me alegro de dejar Nueva York.

—No todos tienen la suerte de que les caiga una granja en herencia. Que te vaya bien.

Hizo un gesto de saludo en el que incluyó a Harvey, y salió, seguido por la figura cimbreante y encantadora de la negrita.

—¿Le sirvo otra? —preguntó el «barman» a este último.

Brillaron de deseo los ojos de Harvey, pero pensó que tenía que guardar algún dinero para el día siguiente. Siempre llevaba el dinero en el bolsillo del pantalón y ahora, el previsión de perderlo por el agujerito, lo trasladó al de la chaqueta. Antes miró lo que le quedaba. Un billete de un dólar, dos monedas de cincuenta centavos y tres de veinticinco. Nada más.

—Bueno, deme otra —decidió, pensando que viviría lo mismo con diez centavos más o menos.

Al poner el dinero en el bolsillo de la chaqueta, tocó un rollito de papeles. No acostumbraba llevar nada allí, de manera que, extrañado, lo sacó. No pudo ni creer a sus ojos.

Eran cinco billetes de cinco dólares. Estaban medio envueltos en un papelito. Aun antes de desdoblarlo, ya había conocido aquel familiar perfume que le hacía siempre acordarse del campo en una mañana de abril. Un perfume por el que Brenda pagaba diez dólares la onza.

Una nota y veinticinco dólares. Jamás había hecho Brenda una cosa así. Por lo común, evitaba el hablarle de dinero e impedía que sus amigos le prestasen. Pensaba que así se curaría. Pobre Brenda. Ahora le daba veinticinco dólares.

—Mucho dinero —dijo el tabernero, mirando curiosamente por encima del hombro—. No lo enseñe en muchos sitios por aquí. Se quedaría sin él.

No le hizo caso. Desplegó la nota y miró la letra picuda, grande y firme de Brenda. Al principio se contentó con ver la forma de la escritura, pero luego empezaron a bailarle las palabras ante los ojos.

»... porque te quiero demasiado para asistir a tu perdición. He luchado conmigo misma... mucho, pero ya no puedo resistir más. Ese dinero, querido mío, empléalo en irte de Nueva York. No me escribas, no me digas dónde vas. Que yo no vuelva a verte, porque quizá no podría soportarlo... ¡Oh, el más querido de los hombres! Daría hasta la última gota de mi sangre por verte feliz y libre de ese demonio que te lleva a la bebida y a tú propia destrucción... Lo daría todo, pero de nada ha valido lo que he hecho. Vete, vete muy lejos y recuerda esto; jamás me casaré con nadie. Viviré entregada al recuerdo del hombre... ese hombre que eras tú, querido mío... Adiós y para siempre».

Una gota cayó sobre el papel. Instantáneamente, la tinta grasienta del bolígrafo con el que estaba escrita, se corrió formando canalículos, que se extendían como los tentáculos de un pulpo.

Harvey levantó los ojos y el tabernero vio más lágrimas en ellos.

—¿Qué le pasa? —preguntó con indiferencia—. ¿Acaso se le ha muerto la madre?

Harvey miró los billetes que aún tenía en la mano.

—El precio de una vida —dijo en voz baja.

—No se lo tome así —le aconsejó el otro—. ¿De qué vida habla?

Dando un traspié, Harvey se dirigió a la puerta y aspiró a bocanadas el fresco del exterior. La noche había caído definitivamente y la gente corría de un lado para otro muy apresurada.

—El precio de una vida —repitió en voz alta—. De una vida destrozada.

Fue un «*shock*» extrañísimo el suyo. Ocurrió cuando lo encontraron sus compañeros de la primera división de caballería en medio de un montón de chinos a los que había matado él solo. Con una ametralladora, con bombas de mano y con su navaja de campaña, esa afilada arma qué se lleva sujeta al pantalón.

Sí, más de cincuenta chinos. La matanza fue horrible. Cuando se puso en pie, cuando lo pusieron en pie, mejor dicho, era otro hombre. Debió hasta caerse dormido y siguió bebiendo cuando lo encontraron, y tres robustos hawaianos fueron apenas suficientes para sujetarlo. Pasó pronto, es cierto, pero los médicos movieron la cabeza.

—Se curará si no bebe —le dijeron—. Se lo garantizamos. Pero no beba durante algún tiempo. Ahora váyase a casa a descansar.

Y se fue a su casa, pero no a descansar. Noche y día, persiguiéndole aquellas pesadillas. Siempre eran parecidas. Caras amarillentas que se le acercaban hasta casi tocarle, abriendo la boca monstruosamente, pero en silencio. Caras muequeantes, de ojos oblicuos; caras que se rasgaban repentinamente al paso de invisible metralla, ojos que se salían de las cuencas, narices arrancadas, labios desgarrados...

Tenía que beber, por la noche, para no soñar todo aquello. Y bebía. Luego ya no soñaba, pero temía el momento en que volviera a hacerlo. Y seguía bebiendo. Brenda lloraba. Como ahora, seguramente estaría echada en su cama, estremecida por los sollozos, mientras su madre trataba en vano de consolarla.

Se limpió furiosamente los ojos. Brenda... no la volvería a ver. Tenía que marcharse de Nueva York, obedecerla, porque ella no quería presenciar su propia destrucción. Se apoyó contra la pared y dejó que las lágrimas corriesen libremente. Cuando acabaron de fluir, era como si se hubiese libertado de algo muy pesado.

Se incorporó, tirando la nota, hecha una bola, al arroyo. Los vapores del alcohol habían casi desaparecido de su cerebro y se

relamió pensando en otra copa. Pero engarfió las manos.

—No —dijo en voz alta—. ¡Infiernos, no!

Harvey Stoneham era valiente. Lo había demostrado en cientos de ocasiones. Era valiente hasta «aquello». Desde entonces, ya es sabido, que el alcohol corroe la voluntad. Pero tenía que demostrar al mundo. A Brenda, infiernos, no al mundo. La atractiva figura de la muchacha bailó un momento ante su vista. Alta, de pelo dorado y largas piernas. De ojos castaño claro, inmensos y de cuerpo flexible y cimbreante. Ésa era su «Brenda», aquella que quería que se alejara.

«No me iré —murmuró—. No lo haré, aunque me hunda en los infiernos».

Su Brenda... La muchacha que lo quería hasta el punto de preferir verlo muerto a caído. Aquella muchacha.

Echó a andar sin objeto, acariciando los billetes en el bolsillo de la chaqueta. Con ellos haría... Bueno, no sabía qué haría, pero algo... Volver a escribir, por ejemplo. ¿Cuánto tiempo hacía que no tocaba la pluma? ¿Cuánto tiempo que los editores se habían cansado de pedirle original para las revistas? ¿Cuánto...?

Dobló bruscamente. El remordimiento le impedía caminar en línea recta y le obligaba a cambiar de rumbo a cada momento. Sentía el corazón golpeteándole en las costillas y la respiración anhelante, que se convertía en leve vapor al ponerse en contacto con el frío ambiente.

El cielo tenía un aspecto extraño, blanquecino. Había visto lo mismo otras veces. Nevaría en vez de llover. Tenía que meterse en algún lado. Por ejemplo, en la pensión en la que estuvo últimamente. Quizá le permitiesen estar allí una noche si pagaba los quince dólares que debía. Y luego, a escribir, a escribir lo más rápidamente posible, tan rápidamente que no le diese tiempo a pensar en que hay una cosa estimulante que se llama alcohol.

El cielo estaba blanquecino, sí, pero no iluminaba. Tropezó dos veces con dos piedras y una tercera con algo blando, quizá un perro muerto o un gato. O cualquier otra cosa. Al tropezar, cayó al suelo, apoyándose en ambas manos, porque aún no estaba muy seguro sobre sus piernas. Se levantó, sin maldecir, sin más deseo que el de llegar cuanto antes a un sitio en el que pudiera dormir para despertarse a la mañana siguiente y trabajar, trabajar, trabajar...

Aquella humedad en la mano... No podía estar sudando porque sentía el frío morderle en la cara y en las piernas. Y no se suda cuando hace mucho frío, a no ser que se persista en un ejercicio violento, cosa que él no estaba haciendo.

¿Se había manchado de algo? Hay pintores que se dejan los botes casi vacíos, en cualquier parte para que alguien se manche luego. Tendría que limpiárselo.

Con la mano izquierda sacó un sobrecillo de fósforos del bolsillo de la chaqueta, y con larga práctica, encendió uno con una sola mano. Luego se miró la derecha.

No era pintura. La pintura, si es roja, es de un color mucho más brillante, pero ésta era más bien mate, y colgaba en cuajarones. No era pintura, sino sangre, sangre fresca aún.

Él estaba demasiado familiarizado con estas cosas para equivocarse. En sus ojos apareció una mirada aturdida. No se había herido con nada, no había sentido ningún dolor... ¿Entonces?

Lentamente, a través de la niebla de su cerebro, fue abriéndose paso una idea. Con cautela, la mano que sostenía la cerilla, giró hasta alumbrar lo que había dejado tras él. Luego, se detuvo, tembloroso.

Hay que ser un sádico para matar un niño. Barba Azul, el mariscal de Rais, mató muchos, pero estaba loco. No es común el que alguien normal siegue una de esas pequeñas y palpitantes vidas que aún no han llegado a la edad de crearse enemigos. No, es bastante raro. Pasaron los tiempos espartanos en que las criaturas deformes eran arrojadas vivas desde lo alto del Talgeto. Además, aquellos espartanos sólo se deshacían de los niños mal conformados físicamente, porque resultarían inútiles para sus costumbres castrenses. Y este niño que yacía aquí, tendido sobre las frías losas, no sólo no estaba mal conformado, sino que era casi perfecto en su género.

Le habían destrozado la cabeza con algo. Harvey había visto muchos pequeños y terrosos coreanos llorar silenciosamente en las cunetas de las carreteras, habiendo perdido a sus padres en algún bombardeo. También los había visto muertos, con sus frágiles cuerpecillos destrozados por las granadas, pero aquello era la guerra. El mismo había salvado a muchos de los escombros cuando la primera toma de Seúl.

Pero verlo aquí, en la civilizada América, a dos pasos de las gigantescas arterias donde bullía la vida, verlo así cuando hacía apenas media hora que lo había visto lleno de vida y llorando, eso era horrible.

Porque era el mismo de la taberna. Ya no lloraría más. Alguien le había dado con un palo, con un garrote o con algo parecido en la cabeza, y se la habían destrozado. Los ojos, muy azules, miraban sin ver hacia arriba y su encarnada boquita tenía un rictus tranquilo, casi feliz. Las personas que mueren de muerte natural son las que conservan luego una expresión un poco extraña, con la barbilla caída.

La cerilla le quemó los dedos, pero casi no se dio cuenta. Encendió otra, muy aturdido todavía y se inclinó sobre el cuerpecillo. Una de las manos del niño estaba engarabitada y la otra, abierta, yacía sobre el pavimento.

«¡Dios!» —dijo al contemplar aquellas pupilas. Cuando lo tocó comprendió que no hacía más de un cuarto de hora que lo habían matado, porque estaba muy caliente todavía.

De pronto, algo pareció desplomarse sobre él. Era una cosa que no causaba dolor, pero que lo envolvía completamente. Era una luz, la luz de una linterna eléctrica.

—Al levantarse procure tener las manos en alto —le dijo una voz dura.

Las cosas se estaban sucediendo a una velocidad tal, que no le daban tiempo ni a pensar siquiera. Si hubiera estado completamente sereno, hubiese sido otra cosa. Siempre fue rápido en sus decisiones, hasta que el alcohol empezó a relajarlo. Se volvió lentamente y apartó los ojos al sentir en sus pupilas el choque con la vivísima luz. Luego, se fue incorporando.

—Me gustaría no tener que responder ante nadie. Le machacaré la maldita cabeza hasta que nadie fuera capaz de reconocérsela —dijo el de la linterna, cuando ya estaba de pie. Algo duro chocó contra su mandíbula, y retrocedió tambaleándose hasta tropezar contra la pared.

—¡Las manos en alto! —aulló el otro. Y volvió a golpearlo—. ¡Sí, por Cristo que me gustaría!

Harvey no comprendía nada, pero ahora podía ver algo. Unos pantalones azules y botones que brillaban en la luz. Esa clase de

botones que llevan los policías.

—Está... está muerto... —dijo trabajosamente.

—¡Asesino! —Y de nuevo sintió un pesado puñetazo que le rozó la mejilla, produciéndole un dolor parecido al de una quemadura.

La idea empezó a penetrar en su cerebro, lentamente al principio, con deslumbradora claridad después. Ahora lo comprendía todo, sí, ahora lo comprendía. El niño estaba muerto y el policía creía que él era el asesino. ¡Él!

—Yo... yo no lo he matado —dijo con voz débil, esforzándose por guardar el equilibrio—. Yo no lo he matado.

El policía no le contestó. En vez de ello, y sin dejar de alumbrarlo, se llevó algo brillante a los labios. Un sonido estridente, repetido varias veces, sonó en la desierta calle.

—¡Le digo que yo no lo he matado! —repitió sintiendo que la borrachera le desaparecía con la rapidez del vértigo—. ¡Le digo...!

—¡Cállese, monstruo, o lo aplasto como a una sabandija! —Volvió a sonar el silbato y a lo lejos contestó otro con cortos intervalos—. No se mueva, porque dispararé, a pesar de que me gustaría partirla la cara con mis propias manos.

Creían que él era el asesino. Creían que él había acabado con aquella pequeña vida, creían que él había aplastado la cabecita y apagado la luz en las claras pupilas. Pero si él no había sido... Un terror insufrible se le incrustó en el cuerpo y le corrió por la columna vertebral arriba, hasta llegar con un estallido al cerebro. La idea de huir pasó como un relámpago por su mente y se movió hacia delante, instantáneamente, el cañón de un corto revólver de reglamento, le golpeó la mandíbula.

—¿Quieres pelea? —Gruñó ferozmente el policía—. ¡Vive Dios, la tendrás!

Pero él no quería pelea. Sólo quería hacer comprender al hombre que él no era capaz de haber hecho... «aquello». Levantó las manos en el aire y el policía, equivocado acerca de sus intenciones, le volvió a golpear, lanzándolo de nuevo contra la pared.

Otras dos sombras, provistas de linternas, habían aparecido en escena. Mientras una de las luces alumbraba al pequeñín, las otras dos se posaron en él.

—Mató al chico —dijo el policía que lo descubriera—. Tres

parecido a éste tengo yo en casa, y si alguien me hubiese hecho esto a mí... Bueno, creo que me volvería loco y empezaría a tiros con todo el mundo. Por un cigarrillo...

—Quieto,

O'Shea

—dijo otro—. Vamos a llevarlo a la seccional —la voz sonaba autoritaria—. Tú, Clare, llama a la ambulancia. Vamos, amigo, creo que una silla caliente lo está esperando a usted en

Sing-Sing.

Y conste que comprendo los sentimientos de

O'Shea.

También yo tengo chicos en casa.



PADRE:

No consentas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRARE

AVENTURAS DEL F. B. I.

II

8,45 P. M.



—dijo el sargento entrando en el despacho con una fotografía en la mano—. ^{Í, es el chico, mi capitán} El hijo de Knowles. No cabe ninguna duda de ello. Si alguna vez la silla eléctrica ha servido para algo, yo...

—Cállese.

El capitán Drumm se volvió hacia el detenido, que lo miraba fijamente. A Harvey Stoneham se le había pasado por completo la borrachera. Mediante un esfuerzo de su voluntad, del que no se habría creído capaz hacía solamente un par de horas, había evitado que le temblasen las manos. Esto suele ocurrir a menudo a las

personas que aún no están completamente hundidas en algún vicio. Una conmoción como aquélla, basta para volverlas en sí.

Drumm lo observó con los ojos entornados.

—No es de mi incumbencia adelantar juicios, amigo, pero creo que de ésta no se salva. Suelte lo que sea y hágalo pronto.

—No sé nada en absoluto acerca de esto —respondió Harvey con sinceridad, y era ya la cuarta vez que lo repetía—. Tomé unas cuantas copas en un bar de la calle Ciento Veinticinco y me dirigía a mi casa cuando tropecé y caí al suelo. Al levantarme, me vi sangre en la mano y me volví para ver lo que era. Se trataba del chico.

—Claro. Y supongo que al chico no lo habría visto en su vida, ¿verdad?

—Sí lo había visto.

—Esta respuesta pareció asombrar a ambos. Drumm y el sargento se inclinaron sobre él.

—¿Dijo...?

—Vi al chico. En la taberna. Estaba con otro hombre. Estaban con el hombre que seguramente lo asesinó. El hombre le dio una bofetada y un negro se interpuso.

—Cuénteme ahora una de misterio, hermano —dijo el sargento belicosamente—. Mire, asesino, hable o... —Levantó la porra con aire amenazador.

—Quieto —ordenó el capitán Drumm—. Un hombre de la Policía Federal está ya en camino para acá. Él se encargará de usted. Lamento no poder hacerlo yo mismo. Conozco medios para soltarle la lengua a los tipos como usted.

—¿De la Policía Federal? —preguntó Harvey asombrado—. ¿Qué tiene que ver la Policía Federal con...?

El capitán no contestó. Se puso a mirar unos papeles que tenía sobre la mesa y pareció ignorar por completo su presencia. Varias veces, algunos policías de paisano y de uniforme, entraron y depositaron papeles sobre su mesa. Él los leía rápidamente y los ponía en una carpeta. Todos los policías, al salir, echaban miradas a Stoneham y fácil era ver que no le encontraban demasiado digno de seguir allí. «En la silla eléctrica o con dos balas en la barriga», parecían querer decir aquellos ojos.

Por fin se abrió la puerta violentamente y un hombre de unos treinta años entró con rapidez. Era alto, de ancho pecho y espaldas

y estrechas caderas. Llevaba el pelo, negro, muy corto y rizado. Su cuadrada mandíbula expresaba una voluntad que, una vez tomara una resolución, nadie podría apartarle de ella.

Sus ojos oscuros se fijaron, en primer término, en Harvey Stoneham. Luego, con una diferencia de una fracción de segundo, los volvió hacia el capitán Drumm.

—Soy Phileas Carney —dijo con voz bien timbrada aun cuando un poco dura—. Agente especial del

F. B. I.

Hola, Harvey.

—Hola, Phil. Parece que estoy metido en un buen lío.

—Espera un poco y ya hablarás —le contestó el otro sin volverlo a mirar. Se sentó a la mesa de Drumm, que parecía un poco violento, y le espetó:

—Bien, capitán, quisiera que me diese detalles.

La costumbre de declarar ante los tribunales, había hecho que el capitán Drumm no emplease circunloquios ni exceso alguno de palabras. Iba al bulto, sencilla y llanamente.

—Un patrullero encontró a este hombre a las seis y quince P. M., en una callecita que sale a la Ciento Veinticinco Oeste. Estaba inclinado sobre el cuerpo de un niño y lo estaba tocando o algo así. Tenía la mano derecha manchada de sangre y sangre también en los bajos de los pantalones. El niño estaba muerto, con la cabeza aplastada con algo pesado, y «era» el hijo de Patrick Knowles, el banquero. Este hombre se llama Harvey Stoneham, cosa que ya hemos comprobado. Trabajamos rápido.

—Siga, lo sé —respondió el hombre del

F. B. I.

—Bien. Había bebido, según asegura, en un bar de la calle Ciento Veinticinco. Se había estado emborrachando lindamente, cosa que también hemos comprobado con el encargado del bar. Asegura haber visto entrar en el bar a un hombre con un niño, el mismo que han matado. Desde luego, hasta aquí todo es cierto, incluso que el hombre en cuestión le pegó al chico. Por qué, no lo sabe, pero sí que intervino un hombre de color. El tabernero afirma esto también, pero agrega que Stoneham no solamente no hizo nada por impedirlo, sino que sonrió en una ocasión. Y aquí viene lo mejor de todo. Después que el hombre y el chico se marcharon,

sacó de su bolsillo varios billetes de cinco dólares y una nota que leyó allí mismo. Y dijo: «El precio de una vida». En esto, el del bar se muestra completamente seguro. Luego se marchó, y cinco minutos después fue descubierto por el patrullero, al lado del cadáver del niño. Si esto no es suficiente para colgar a un hombre...

—Guárdese los comentarios hasta que el jurado decida lo que sea —le previno secamente Phil Carney mirándolo con dureza. ¿Nada más?

—Sí —contestó el capitán Drumm, resentido—. Hemos comprobado que, hasta hace dos días, Stoneham vive en una pensión de familia en la calle Veintiocho Oeste. Y que lo tuvieron que echar por falta de pago. Que se emborrachaba diariamente y algunas cosas más. Creo que eso es todo. A usted le toca decidir ahora. Después de todo, el caso pertenece al F. B. I.

—Bien —respondió Carney. Se puso en pie y prosiguió—. Me llevo al detenido. Estaré en Centre Street si algo nuevo ocurre.

Los dos policías pusieron en pie bruscamente a Harvey y lo sacaron. El capitán Drumm se dirigió a Carney.

—¿Conocía usted a ese hombre?

—Sí —fue la seca respuesta.

Y salió de la habitación. Un coche, conducido por un hombre de paisano, esperaba en la puerta. Los policías metieron dentro de él a Harvey y luego se llevaron las manos a la gorra, saludando. Un momento después, el coche rodaba hacia Centre Street.

Carney iba sentado en el interior, al lado de Harvey, pero ninguno de los dos habló en todo el tiempo que duró el trayecto. El agente del

F. B. I.,

cuando estaban casi llegando, encendió un cigarrillo sin ofrecer otro a su compañero. Éste lo miró a la luz leve del techo, pero no dijo nada.

El despacho de Carney, en Centre Street, se componía de un par de habitaciones, en una de las cuales había dos subordinados y en la otra su propia oficina, con una mesa llena de papeles, un archivador metálico y unas cuantas sillas. Le señaló una a Harvey, mientras sus hombres, altos y robustos, aguardaban de pie.

—Habla —dijo concisamente.

—No tengo nada que añadir a lo que dije —dijo Stoneham después de mirarlo un momento—. Ya conoces los hechos.

—Habla —repitió el otro, brillándole los ojos—. Espero que te des cuenta de en qué clase de lío te has metido. Y recuerda que has sido tú solito —se puso en pie, se dirigió hacia Harvey, lo cogió por las solapas—. ¡Habla, maldito! —le dijo.

Harvey se lo sacudió de un manotón. Sus manos estaban firmes y no temblaban ni un ápice.

—Te acabo de decir que eso es todo lo que sé. Es decir, lo que ocurrió estando yo presente. Me estaba emborrachando, sí, pero ya sabes que eso no es nuevo en mí. Lo hago todos los días. ¿Acaso no estás enterado, camarada? Me emborrachaba, sí con el último dinero que me quedaba.

Por un momento, pareció que Carney iba a golpearlo, pero con un esfuerzo que hizo que se atensaran los músculos de sus mandíbulas, volvió a su sitio.

—Mira —le dijo con calma—. Sabes que hemos sido amigos durante mucho tiempo. Sabes que he hecho todo lo posible por ayudarte cuando te encontrabas en apuros, pero que ya habíamos llegado a un estado imposible. No has luchado, te has dejado llevar por la corriente. Tenías a tu lado a la mejor mujer que jamás existió y has dejado...

—Deja tranquila a Brenda, ¿quieres? —pregunto bruscamente Harvey—. No es cosa nueva para mí el que tú estás enamorado de ella, pero que ella me ha preferido siempre a mí. Supongo que ahora utilizarás todo esto para salirte con la tuya, ¿no es así? Pues adelante, amigo, puedes empezar cuando quieras. Cuélgame ese crimen que tú sabes muy bien que no he podido cometer. Vamos, hazlo. Quizá así consigas que Brenda se fije en ti.

Esta vez, el puño del agente del

F. B. I.

chocó tan violentamente contra su mandíbula, que Harvey cayó hacia atrás, arrastrando la silla en su caída. La cabeza de Stoneham golpeó en el suelo con sordo ruido, y quedó inconsciente.

—Procuren despertarlo —dijo Carney. Sus hombres lo conocían y sabían que jamás empleaba métodos brutales. Ignoraban todo acerca de su vida privada, pero estaban demasiado acostumbrados a él para saber que nunca obraría de una manera torcida.

Uno de ellos se dirigió a la cubeta del agua, llenó un vaso de papel y lo vació en la cara de Harvey. El otro empezó a cachearle de una manera mecánica. Un momento después, Stoneham abrió los ojos y los fijaba vagamente a su alrededor. En ese momento, se oyó un barullo al otro lado de la puerta, en el pasillo, y uno de los hombres fue, a abrir. En el umbral, luchando con un policía que intentaba impedirle el paso, había una muchacha.

—Déjela pasar —dijo Carney, y el policía soltó a Brenda Gertie. La joven, con las mejillas arrojadas por el frío y la emoción, miró a su alrededor y al descubrir la caída figura, se precipitó hacia ella.

—¡Harvey! —dijo. Y había un mundo de ternura en su tono. La ternura de una mujer que ama sobre todas las cosas a un hombre. Le cogió la cabeza y besó repetidamente los fríos labios del hombre. Éste, aún aturdido, trató de incorporarse.

—Creí... que no querías verme —dijo trabajosamente, mirándola con pasión a los ojos. Se agarraba a ella lo mismo que se agarra el naufrago a una tabla que flota en medio de las olas, aun sabiendo que no resistirá su peso.

—Phil me llamó —respondió ella sencillamente, como si aquello lo explicase todo—. Me dijo que estabas en apuros.

—Sentaos todos —dijo Carney que, desde el otro lado de su mesa, había estado observando la escena. Encendió un cigarrillo con mano ligeramente temblorosa y prosiguió—: Ustedes, déjenos solos.

Sus dos hombres cerraron la puerta silenciosamente tras de sí, y los tres quedaron solos en el despacho.

—Bien —dijo Phil dando una ansiosa chupada al cigarrillo—. Vamos a hablar un momento. Harvey, querida Brenda, no sólo está en un mal paso, sino a dos yardas de la silla eléctrica. Sí, ya lo sé que soy brutal —añadió ante el horrorizado estremecimiento de ella—. Lo sé, pero no es ocasión de andarse por las ramas. Personalmente —se dirigió a Harvey—, no creo que seas tú el asesino de esa pobre criatura. Pero hay muchas cosas que habrás de explicar. ¿Quieres hacerlo?

—Brenda —dijo Harvey volviéndose hacia la muchacha—. Tu nota lo cambió todo. Jamás creí que se pudiese querer a nadie como tú has demostrado quererme a mí. Y... bien —prosiguió con voz quebrada—, yo...

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la joven y sus ojos brillaron estelarmente. Una de sus manos, largas y finas, se posó sobre la de él.

—Harvey, querido, te juro que no podía resistir más. Me has exigido mucho, más de lo que nunca creí ser capaz de dar, pero te quiero. Y te seguiré queriendo hasta que me muera. Sólo te pido un poco de voluntad, mi vida, nada más que un poco. Sé que te curarás, sé que podremos ser felices en cualquier parte... sé que...

—Él sabe todo eso —intervino Phil tragando penosamente saliva ante aquella escena, También él adoraba a aquella muchacha. También él hubiera dado su vida por ella. Verla allí, mirando de aquella manera a su amigo, hacía que sangrase su corazón. Apretó las mandíbulas y prosiguió; Él sabe todo eso, pero por ahora pesa sobre él una vehemente sospecha de asesinato. ¿Sabéis? Eso aquí, en Nueva York, se castiga con la muerte. ¿Hablarás, o no, Harvey?

—Sí —respondió sujetando fuertemente la mano de la chica. Sus ojos estaban enrojecidos por el alcohol y la emoción, pero ya no tenían aquella vaga mirada atontada de los borrachos. Una resolución interior anidaba en cada una de sus fibras—. Entré en un bar de la calle Ciento Veinticinco y pedí unas copas —sintió cómo la mano de la joven se estremecía dentro de la suya y la apretó más aún—. Sí, necesitaba beber algo después de la discusión contigo, Brenda. Tomé unas cuantas y empecé a sentirme embriagado. Eso es lo que hago siempre, cuando quiero poder dormir por la noche. Entró allí un hombre con un niño, el mismo que mataron y empezaron a discutir, porque la criatura lloraba. Entonces el hombre le pegó —había estado bebiendo mucho, casi una botella de «whisky»— y un muchacho negro que se sentaba en una mesa cerca, se adelantó y amenazó al hombre. Éste, viendo por lo visto que llevaría las de perder, se escabulló. Pero el negro vio cómo yo iba a intervenir, Phill, te lo juro, porque me miró cuando avanzaba, y me hizo un gesto de que me estuviera quieto. Debí darme cuenta de que yo estaba demasiado ebrio para pelear.

—No es eso lo que dijo el tabernero —dijo Phil, mirándole atentamente—. Ya has oído. Dijo que tú sonreíste.

—Mentía, Phil, te lo juro. No hubiera sido capaz de sonreír, aunque me hubiese ido la vida en ello. Ese hombre ha mentido y no sé por qué.

—Bien; lo averiguaremos. Ahora descríbeme al hombre del chico.

Harvey pensó un momento. En su frente se marcaron arrugas de concentración y una expresión penosa se dibujó en su semblante al cabo de un momento.

—Lo siento —dijo, por fin, como si le costase trabajo pronunciar las palabras—. Lo siento, Phil, pero no me es posible describírtelo. Si yo lo viera otra vez... lo reconocería, estoy seguro, pero no puedo describirlo, de veras.

Pasó una sombra de desencanto por la faz de Carney.

—Pero tendría algo de particular —dijo, con rapidez—, su nariz, su pelo... lo que sea, todo serviría. El acento, cualquier cosa, hombre, procura recordar.

—No puedo, Phil... —Había una auténtica angustia en su tono. No puedo. Era... un hombre cualquiera. Estaba yo... estaba demasiado ebrio. Pero lo reconocería si lo viese, estoy seguro.

—Bien... —La voz de Carney sonaba cansada—. Verás unas cuantas fotografías de profesionales y me dirás si es alguno de ellos. Es la última posibilidad que nos queda.

Pero, media hora después, las cosas estaban en el mismo punto exactamente. Ninguna de aquellas fotografías avivó los recuerdos de Stoneham. Ninguna en absoluto. Durante todo el tiempo, la joven lo estuvo contemplando ansiosamente, recorriendo con la vista cada uno de los detalles de su cara. Sus ojos parecían decir constantemente: «¡Recuerda, querido; recuerda, querido...; recuerda, querido!». Y él no lograba recordar. Con un gesto de abatimiento dejó la última fotografía.

—Lo siento, Phil. No es ninguno de ellos. Si lo viese en persona... si lo viese... —De pronto apareció una lucecilla en sus ojos—. Escucha, Phil, ese hombre debe estar en alguna parte. Yo lo buscaría, puedo hacerlo, y estoy seguro de que lo encontraría.

—Puede estar en cualquier sitio —le respondió el hombre del F. B. I.

—. En cualquier sitio donde tú no pudieras hallarlo jamás, fíjate.

—¡Déjame probar, Phil, por lo que más quieras! Prefiero la acción a esta espera horrible. Lo que sea, pero con tal de no estarme aquí, sentado...

Un hombre entró en la habitación, después de haber golpeado

ligeramente la puerta. Llevaba una bata blanca y era casi calvo.

—Ya tengo eso, Carney —dijo, con concisión—. Lo que el chico sujetaba en la mano era un mechón de pelo. Pelo color castaño oscuro, de hombre, y que ha sido untado de brillantina hace poco tiempo. Pertenece a un hombre joven, yo diría que de unos treinta años o cosa así, y es un tipo de cabello muy corriente.

—Gracias, Miles. Si consigues alguna otra cosa, hágamelo saber al momento.

Apenas el hombre hubo salido, Stoneham dijo:

—Nunca usé brillantina para el cabello, Phil. Puedes comprobarlo por ti mismo.

—No me hubiese enamorado de él si lo hiciera —intervino la joven animosamente, tratando de mostrarse valiente.

—Lo sé —respondió Carney—. Está bien —pensó un momento y después dijo—. Escucha, Harvey: voy a hacer eso que quieres, pero no irás solo. Uno de mis hombres te acompañará sin despegarse de tu lado. Pero recuérdalo bien: mañana, a las siete, enviaré un despacho a Washington. Entonces, el asunto ya no estará en mis manos. Y ten en cuenta que ese cabello encontrado en la mano del niño no prueba que tú no lo hayas matado. El hombre ese existió (estoy poniéndome en el caso de un juez), pero tampoco prueba que él haya sido el asesino. Por lo visto, el hijo de Knowles luchó con él y le arrancó un mechón de cabello. Nada más. Y a propósito, ¿qué era eso del dinero y de la carta?

Brenda y Harvey se miraron un momento.

—Yo le metí el dinero en el bolsillo —dijo la joven, enrojeciendo—. No podía dárselo, no podía, y tampoco podía decirle que lo abandonaba.

—La nota —pidió Carney—. No creáis —añadió, vacilante— que deseo leerla. Es que eso podría destruir la afirmación del tabernero. Esas palabras que pronunciaste, Harvey... ¿qué querían decir? ¡Diablos, parece como si algún ser maligno te hubiese estado guiando toda la noche!

Harvey se buscó en el bolsillo de la chaqueta. Luego, con más rapidez, en los del pantalón. Por fin alzó los ojos asombrados hacia los otros dos.

—No la encuentro —dijo—. No la tengo. Tal vez la tiré al arroyo, no lo sé.

—Busca bien.

Pero fue completamente inútil. La nota no apareció. Con un suspiro, Carney se retrepó en su asiento.

—Lo siento. Hubiera sido una prueba importante. El tabernero parece creer que en aquella nota estaban las instrucciones para que matases al niño. Tendremos que interrogarlo otra vez. No comprendo cómo ha podido tratar de enredarte de esa manera. Y en cuanto a las palabras...

—Me refería a mi vida —contestó el otro, sencillamente—. A mi vida anterior. En el momento en que leí la nota de Brenda, comprendí que no podía seguir así, tenía que cambiar. Además, Phil, yo estaba borracho y quizá no sabía bien lo que decía. Pero aquélla era mi idea. ¿Comprendes?

Brenda estrechó de nuevo su mano, y de nuevo sus ojos se empañaron con la humedad de las lágrimas.

—No muy bien —respondió Carney, encogiéndose de hombros y contemplando a los dos. Tragó saliva—. Bueno, Harvey, tienes de plazo hasta las siete de la mañana. Nada más. Pasado ese tiempo, tendré que encerrarte hasta que haya pruebas suficientes en favor o en contra, para juzgarte. Eso es todo.

Oprimió un timbre y uno de sus subordinados apareció en la puerta.

—Escuche, Borst —le dijo—. Irá usted con este hombre donde quiera él llevarlo. No se separará de su lado, ¿entiende? pase lo que pase. Me responde de ello con su chapa.

—Sí, señor; entendido. ¿Alguna orden más, en especial?

—Sí, que le ayude en lo que necesite, pero a las siete de la mañana, «a las siete», estén los dos aquí.

—Sí, señor. Cuando quiera, amigo.

La joven se abrazó estrechamente contra Harvey.

—Quiero ir contigo —le susurró—. ¡Quiero ir contigo! Estoy segura de que yendo conmigo no te pasará nada. ¡Oh Harvey, tengo tanto miedo...!

—Adiós, mi vida. Mañana a las siete ya estará todo acabado, pero no puedes venir conmigo. Esto he de hacerlo yo solo. Tú... reza por mí.

—Pero... ¿qué vas a hacer, Harvey?

—Ni yo mismo lo sé. Pero no creo que Dios me haya hecho

volver atrás cuando ya estaba casi perdido, para estrujarme y destruirme después. Tengamos confianza en él, cariño. Mañana...

Se desprendió de los brazos de la joven después de besarla y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió:

—Adiós, Phil, hasta mañana, y gracias por todo.

—Adiós, Harvey.

Y ambos salieron. La joven, sollozando quedamente, se desplomó en una silla y ocultó la cabeza entre las manos. El agente especial se dirigió hacia ella y le pasó la mano por el cabello, suave, muy suavemente, casi sin tocar las sedosas hebras.

—Valor, Brenda —le dijo, con una dulzura que contrastaba con la ronquera de su voz—. Valor y esperanza, querida.

Ya en la puerta de la jefatura, Harvey se paró un momento y el agente del

F. B. I.

hizo lo mismo, mirándolo con curiosidad.

—A las siete de la mañana —le oyó murmurar—. A las siete. Eso es a la madrugada. Sólo tengo de plazo hasta la madrugada.

Y miró al cielo, del que empezaban a descender pesados copos en el aire en calma.

—Vamos —dijo.



MADRE:

**Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:**

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

III

11,30 P. M.



la puerta, como era natural, no les esperaba ningún coche. A pesar de los recursos casi ilimitados del

F. B. I.,

el agente especial Phileas Carney no podía disponer a su antojo del material federal. Para llegar a la calle Ciento Veinticinco, el camino más corto, pues, era tomar el metropolitano en la estación más cercana, la de la BMT, en Broadway. De esta manera, ascendiendo por la caprichosa vía, estarían en menos de media hora en el sitio de destino.

Los dos hombres bajaron por Centre hasta Grand, siguieron ésta,

para doblar luego por Broadway. Allí, en la esquina con Canal, está la estación.

Bajaron los escalones de cemento y tomaron sitio en la fila que seguía la ruta móvil hasta llegar a los molinetes. Una enorme masa de gente se movía en uno y otro sentido como una gigantesca culebra provista de muchas cabezas y muchas piernas. Caras, caras, caras...

En el momento en que estaban llegando a los molinetes, una segunda riada de personas desembocó de uno de los túneles transversales y varias de ellas se introdujeron entre ambos, siguiendo el mismo camino. Harvey alzó el brazo, para indicar su posición a su compañero, y oyó la voz de éste que, dominando el ruido de los demás, lo llamaba.

Llegaba al molinete. Sin poder apenas moverse a causa de la multitud, tuvo el tiempo suficiente de introducir su moneda. La rueda giró chirriando y se encontró dentro.

Se paró y esperó un momento; pero varios robustos obreros lo empujaron de un lado a otro, y uno de ellos graznó algo así como: «¡Quítese de en medio, canastos! ¡No moleste!», y casi en volandas se sintió llevado hacia delante.

Un tren entraba en ese momento en el andén y con un frotar de frenos detuvo su marcha. Al instante, apretujado, pisoteado y oprimido, penetró en él sin haber podido ver a su guardián.

—¡Borst! —bramó todo lo alto que pudo.

Pero su voz se perdió entre el tumulto. Pudo ver aún cómo las últimas personas entraban en el coche, y un momento después, las puertas se volvieron a cerrar y el metropolitano emprendió de nuevo la marcha.

Con un estremecimiento se dio cuenta de que había perdido al hombre que Phil pusiera para vigilarlo y ayudarlo. Por su mente pasaron rápidamente varias ideas, pero a cual más descabellada, lo comprendió enseguida. De nada le serviría bajarse en la próxima estación y esperar allí a Borst, porque lo más seguro sería que éste no lo viera. Y ¿cómo y dónde podría encontrarlo?

«Las siete de la mañana», pensó, con desesperación. No podía perder ni un minuto, aun cuando él mismo estaba dándose cuenta de las dificultades que entrañaría el buscar a un individuo entre once millones de personas. Había sido la euforia de saber que

Brenda continuaba a su lado lo que lo sostuvo cuando hizo aquella afirmación de que lo encontraría. Solamente la euforia. Pero ahora que aquélla iba pasando, sentía la fría garra de la desesperanza apretándole el pecho.

Irguió los hombros todo lo que le permitieron sus vecinos y aspiró profundamente. La leche estaba derramada y sería inútil llorar por ella. Completamente inútil. No le quedaba más remedio que proseguir, fuese como fuese. Por un momento, la idea de echarse a dormir en cualquier sitio y esperar a la mañana se le presentó tentadora. Eso era. Dormir y... esperar que la justicia de los hombres no se equivocase.

Pero Harvey Stoneham era un luchador. Por lo menos, lo había sido hasta que le ocurrió «aquello». No podía abandonar la pelea cuando ésta apenas había comenzado. No podía, sencillamente. No tenía más remedio que continuar —y... ¡continuaría!

Apenas se dio cuenta de que se iban sucediendo estación tras estación. El tren se iba vaciando lentamente y cuando llegó a la calle Ciento Veinticinco, ya se podía respirar holgadamente dentro del vagón. Para entonces, su resolución estaba tomada. No descansaría hasta haber encontrado al hombre de la cara enrojecida, al hombre que mató al niño. Lo encontraría, si es que ello estaba dentro de las limitaciones humanas, y lo entregaría a Carney. Después...; bueno, entonces ya se vería. Brenda y lo que ella significaba. ¿Acaso no era ésa la mejor recompensa que pudiera obtener hombre alguno?

Se bajó y atravesó el torniquete de salida. Una vez fuera, aspirando el frío de la calle, se sintió mejor. Ligeros copos descendían de un aire en Calma y le enfriaban la cara en el punto en que le tocaban. Cogió uno de ellos en la palma de la mano y lo lamió. La frescura de la nieve se le insinuó en la lengua y cerró los ojos. Un trago... Un solo trago, pidió algo dentro de su cuerpo. Un solo trago y se encontraría en perfectas condiciones. El alcohol reanima; siguió aquella vocecilla que partía de sus entrañas, reanima, reanima...

Extendió un brazo y apretó las mandíbulas. Ni uno solo. Ni uno solo de aquellos vasitos amarillentos. Todas las fuerzas que necesitase, las había de encontrar dentro de sí y no fuera. Brenda lo esperaba.

A pasos rápidos anduvo varias manzanas. No se acordaba bien del sitio donde estuvo bebiendo, pero sabía que era en aquella misma calle y que en la portada campeaba un nombre extranjero. Y tenía que ser en la acera izquierda, la misma que seguía en este momento.

Allí estaba. Sí, esa misma era. Salía la luz por detrás de los esmerilados cristales y en el rótulo, se leía: «Lajos».

Con los dedos en la manija de la puerta se detuvo procurando calmarse. Tenía que entrar, sentir en su nariz el penetrante aroma del «*whisky*», de ese «*whisky*» cuya primera copa le hacía sentir náuseas por la mañana, cuando se despertaba después de una borrachera. Tenía que olerlo... y no tomar ni una sola.

Con una brusca decisión abrió y penetró dentro. Un calor falso, formado por el paso de sucesivos cuerpos sudorosos, lo asaltó. Olía, vaya si olía. Como si todas las tentaciones del infierno le hubiesen sido puestas delante.

Pero... en el mostrador estaba otro hombre. Era un tipo rubio, de cara bestial y narices chatas, cuya ternilla había debido ser rota en alguna pelea. No aquel otro moreno de robustos brazos y faz descolorida. Para entonces, y dándose cuenta de que una de sus esperanzas se desvanecía, ya el olor a alcohol había dejado de acuciarle la pituitaria.

Se dirigió a la «barra», en la que sólo había dos hombres, y se acodó en ella, mirando hacia el del mostrador. Éste limpiaba en aquel momento unos vasos y ni le miró siquiera. Sólo cuando terminó levantó la vista hacia él.

—¿Qué toma, amigo? —preguntó.

—Quiero saber una cosa —dijo Harvey, con voz fuerte—. Y usted me la puede decir.

—¿De veras? Estoy aquí para despachar copas, no informaciones. Sí quiere alguna de éstas, vaya a buscarla a otro sitio.

—¿Dónde está el hombre que servía en el mostrador hace un par de horas? —preguntó Harvey, sin hacerle caso.

El «barman» dejó quieta una botella de «*whisky*» y se inclinó hacia él por encima del mostrador.

—Ya le contesté, amigo —dijo, con voz dura—. Ahora lárguese.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar el joven.

—Mire, vagabundo, ya me va cansando. Le he dicho que se marche. Si quiere se lo puedo decir de otra manera —y se señaló uno de los fuertes y lampiños brazos.

Harvey sintió que la ira lo invadía como una oleada. No podía permitir que una de las pocas puertas que tenía se le cerrara sin permitirle salir. Sólo disponía de tiempo hasta las siete de la mañana. Fue en ese momento cuando vio entrar a los dos policías. Instintivamente se agachó y se separó media yarda del lugar que ocupaba. El «barman» se volvió hacia los dos agentes y los miró interrogativamente.

—Venga, gordo, díganos dónde está el chico que servía hace un rato —dijo uno de ellos, alto y robusto—. Le dijimos que no se moviera de aquí.

—Se marchó —dijo el «barman» adustamente—. Creo que tiene derecho, ¿no?

—No ahora. ¿Dónde fue?

—¿Y me lo pregunta a mí? Equivocó la dirección, oficial. Yo entro a relevarlo a las ocho P. M. y ya no lo veo hasta el día siguiente. Y estoy ocupado.

El policía que le había dirigido la palabra se lo quedó mirando un momento y luego dio la vuelta para entrar al mostrador. El gordo pareció encogerse un poco.

—Espere un poco, oficial. No quiero obstruir la Justicia. Pero es ya demasiada la gente que pregunta por él. Ése también —y señaló a Harvey.

Éste sintió un vuelco en el corazón y, desesperadamente, se dio cuenta de que las cosas se complicaban.

—¿De veras? —preguntó el agente—. Y ¿para qué lo quería, amigo?

Harvey sólo vaciló una fracción de segundo.

—Tenía que darme un recado —dijo, con voz que trató de hacer lo más firme posible—. Para eso solo. No es muy importante, pero —y aquí le vino una idea—, pero ese tipo no quiere decirlo. Parece que quisiera ocultar algo.

Interceptando la mirada de indignación del «barman», el policía se volvió hacia él:

—Voy empezando a creer que sí. ¿Suelta la lengua, gordo?

—Sí, oficial. Yo sólo sé que a Niko le dejó un pariente una

granja en algún sitio del Medio Oeste, nada más. No voy a pasarme la vida metiéndome donde nadie me llama —accionó un poco con los brazos—. Eso es todo. Quizá el jefe sepa algo más. Yo sólo sé que Niko tenía que marcharse hoy a hacerse cargo. Sé que sacó un billete para algún sitio.

—¿Dónde vive el patrón? A ese Niko le costará caro el habérsenos escabullido cuando teníamos que hacerle unas preguntas.

El «barman» les dio unas señas en Queens, y los dos policías se dirigieron hacia la puerta, donde les estaba esperando un coche patrullero con el motor en marcha. Apenas hubieron salido, el gordo se volvió hecho un basilisco contra Harvey.

—¿Qué quiso decir con eso de que yo ocultaba algo, sabandija? —preguntó belicosamente.

—Nada —respondió Harvey, con sequedad—. Sólo que hubiera usted debido responder antes.

La puerta se le había cerrado. Niko, el hombre que sin motivo alguno había mentido acerca de él, se había marchado. Ya no podría hacerlo hablar. La pista acababa en aquel mostrador. Entonces pensó otra cosa. Con un esfuerzo de voluntad trató de recordar el nombre del muchacho de color. Empezaba con... ¿T? o... ¿M? ¿Por qué «M»? ¡Tom, eso era! Niko se dirigió a él llamándole Tom. Y habló algo... ¡Malditas brumas del alcohol! Habló algo acerca de... ¿profesionales? Sí, profesionales.

—¿Quién es un muchacho negro que se llama Tom y es profesional de algo? —preguntó, inclinándose sobre el mostrador.

Por un momento pareció que el gordo lo iba a golpear, pero luego cambió de idea. Era evidente que aquello le estaba intriguando.

—Han ocurrido cosas por aquí esta noche —dijo, con la cara lo más parecida a un pensador que pudo conseguir—. ¿Quién es usted? ¿A qué vienen tantas preguntas? Puedo llamar a los policías que entraron antes y decirles...

—Soy federal —dijo Harvey, tratando de dar a su voz el tono justo—. Más le vale hablar, amigo. Una palabra mía y tendrá de nuevo aquí a los policías.

La palabra «federal» tiene un amplio significado, pero es siempre respetada. El gordo pareció considerarla lo suficiente, y además,

sabía que los agentes no habían molestado a aquel hombre.

—Dispense, amigo; si es que va usted disfrazado, un honrado comerciante no puede saberlo a distancia. Ya sé a quién busca usted. Se llama Tom Lattimer y es boxeador. Un buen semipesado, si me hace caso. Va al gimnasio de Hart, dos manzanas más allá.

Harvey se dirigió hacia el teléfono e introdujo un níquel en la ranura. Cuando acabó de marcar el 3001, pidió que lo pusiesen con el despacho del agente Carney, del

F. B. I.

—Phil, soy Harvey —dijo, cuando oyó la voz de su amigo.

Al instante, una chaparrada de maldiciones cayó sobre él:

—¡Harvey, maldito seas! ¿Por qué has huido del hombre que puse para vigilarte? ¿Te das cuenta de que con eso no has hecho más que empeorar la situación?

—No huí —trató de justificarse Harvey— pero se dio cuenta de que, en aquel momento, los policías estarían tratando de averiguar de dónde procedía su llamada, y prosiguió rápidamente: —No olvidaré que mañana tengo una cita contigo, Phill. Espérame.

—¡Harvey, condenado estúpido, vuelve aquí o...!

Pero el resto de la frase en la que amenazaba con echarle encima todo el peso de la más poderosa organización policiaca del mundo se perdió cuando Harvey cortó la comunicación. Entonces, ante la mirada atenta del «barman», salió a la calle.

El gimnasio de Hart, dos manzanas más allá. Allí era donde tenía que encontrar a un aficionado llamado Tom Lattimer, un hombre de color, al que acompañaría seguramente una negrita de cimbreante figura. El hombre que podría ayudarle.

La vio enseguida. Conocía aquella clase de lugares por haberlos frecuentado en otro tiempo, antes de embarcarse para aquella guerra de Corea. Encendió un cigarrillo y notó, con alegría, que su pulso se mantenía casi firme. También él había sido un buen aficionado, y una vez logró noquear a un semipesado negro que le llevaba veinte libras de ventaja. Todo eso fue antes de adelgazar.

Entró en el local, a cuya puerta, tras las vidrieras, había un hombre viejo, con facha de boxeador, leyendo un ejemplar del «Post». El viejo no hizo ademán alguno para impedirle la entrada y, subiendo la escalera, desembocó en una de las salas de boxeo. Había allí unos siete u ocho jóvenes, que se golpeaban

concienzudamente tras de sus caretas, y un hombre con un «sweater» manchado que los contemplaba filosóficamente. Se veía que no era aquélla más que la hora de los horteras, que trataban de endurecer sus músculos practicando un ejercicio que les resultaba extraño. Los buenos aficionados ya se habían marchado.

Harvey se aproximó al hombre del «sweater» y le hizo una pregunta.

—¿Lattimer? —repitió el hombre—. Un gran chico. Promete. Y no crea que se pasa la vida de juerga por ahí, amigo. No, ese trabaja. Creo que es mecánico o algo así, y tiene una derecha como la cox de una mula de mi tierra. Lo vi haciendo...

—Quiero saber dónde vive —dijo Harvey—. He de decirle algo importante acerca de su trabajo, pero no sé las señas —y con la mano izquierda hizo un rápido molinete, teniendo cogido entre sus dedos un billete de cinco dólares.

—Bueno; no creo que al chico le moleste si un amigo pregunta por él —dijo el del «sweater»—. En la Ciento Veintiséis, cerca de Broadway. No lo extrañe que no viva en Harlem; tiene protectores, porque ya le digo que el chico vale. El mismo Hart, el patrón, jura por él. El número es el doscientos noventa y cuatro, amigo.

Y el billete desapareció dentro de su bolsillo. Luego, perdió todo interés en el asunto y se dedicó a contemplar a los horteras.

Harvey salió de nuevo a la calle. Cada vez se iba sintiendo mejor, aun cuando no sabía si aquello se debía a la acción o a alguna otra cosa.

El caso es que ahora andaba más deprisa y sus pensamientos eran cada vez más claros y nítidos. «Sabía» lo que había de hacer, y lo hacía.

No podía tomar ningún medio de locomoción, y además, las señas estaban muy cerca. Unas cuantas manzanas más allá. Desde luego era extraño que un mecánico negro viviese fuera de Harlem, pero si lo protegía una persona de la importancia de Hart... Bueno; entonces, ya era otra cosa.

Era una casa de dos pisos, el primero de los cuales estaba ocupado por un negocio de ropas usadas y venta de chismes de segunda mano. El negocio estaba cerrado ya, y ni una sola luz se veía por ninguna parte. No era extraño que la Policía no hubiese dado con Tom Lattimer. Ni siquiera lo habrían buscado, ya que

solamente él estaba enterado de su existencia. Él y Carney, pero su amigo no sabía siquiera el nombre del negro ni nada que a él concerniese. Esta vez ganaría por puntos a la Policía.

Empujó la puerta y penetró en el portal, oscuro y oliendo a grasa de freír. Entonces, a pesar de lo desagradable de aquel olor, recordó que no había comido desde el día anterior. La bebida le había quitado casi por completo el apetito, pero ahora, después de varias horas en las que no se emborrachaba, empezaba a sentir hambre. Decidió que apenas viese a Lattimer, entraría en cualquier café y se comería unos emparedados.

Ascendió una escalera de maderas rechinantes, hasta que llegó a una puerta, la única del segundo piso. A pesar de lo modesto de la casa, el negro Tom no debía vivir demasiado mal.

Llamó a la puerta y oyó un ruido como una especie de eco, en el interior. Volvió a llamar y de nuevo percibió el ruido. Esta vez, le puso los pelos de punta, porque «no era el eco». No, no lo era. Era alguien que gemía ininterrumpidamente, con voz casi apagada. Un gemido continuado, estertoroso.

Harvey sintió un escalofrío y cómo temblaban sus miembros. Muchas veces había oído aquello en la guerra. Era cuando los heridos se quedaban entre ambas líneas y permanecían allí horas y horas, muriendo un poquito en cada minuto.

Empujó la puerta con decisión y notó que estaba abierta. Solamente la habían entornado. Dentro, lo esperaba la oscuridad. Una oscuridad poblada de gemidos. Estos partían de uno de los rincones de la habitación, y hacia allí se dirigió Harvey, tropezando con un mueble. Había un ligero resplandor, que penetraba por la ventana entreabierta, a pesar del frío de la calle, pero buscó el interruptor de la luz, hasta que lo encontró, mientras pensaba, aterrorizado, qué clase de nuevo horror iba a encontrar.

No era un horror, eran dos. La habitación estaba bien amueblada, aunque no con lujo. Había radio, butacas y luz indirecta. Una luz que mostraba «aquello».

Tom Lattimer no volvería a boxear. Lo habían matado de un tiro en la cabeza y yacía en el suelo, boca abajo. Sobre él, sin dejar de gemir, estaba la negrita. La sangre que salía del pecho de la joven se derramaba sobre la espalda del hombre, como una inmensa flor carmesí que se agrandaba a cada momento y ya empezaba a

escurrir hacia el piso, goteando. No hacía ni diez minutos que los habían matado. Es decir, que habían matado a Tom, porque ella aún vivía y continuaba lanzando aquellos gemidos espeluznantes. No había señales de lucha de ninguna clase.

Harvey se inclinó sobre los cuerpos e intentó mover a la muchacha, pero ella, con las últimas fuerzas que debían quedarle, continuaba agarrada al cuerpo de su marido. Volvió hacia él unos ojos negrísimos, a los que el sufrimiento y un dolor desgarrador abrían hasta casi salirle de las órbitas y gimió roncamente.

—¿Quién ha sido? —preguntó Harvey, con ansia—. ¡Por amor de Dios, dígame quién ha sido!

La joven abrió los amoratados labios, pero solamente una bocanada de sangre salió de ellos. La rizada cabeza cayó hacia atrás y Stoneham se dio cuenta de que todo había terminado. Con la mente casi en blanco, trató de apartarla, pero le fue imposible.

—¿Quién? —murmuró—. ¿Quién... sino...?

Y la luz se apagó. Se apagó repentinamente y encontró sumido en las densas tinieblas que sólo rompía el rectángulo azulenco de la ventana. Galvanizado a la acción, se puso en pie y el golpe que iba asestado a su cabeza le rozó la mejilla y cayó sobre su hombro con fuerza. Se tambaleó y alargó los brazos, tratando de coger a quién le atacaba, pero sus manos se cerraron en el aire. Oyó el ruido de algo que se desplazaba de lugar y se lanzó hacia allí, con la ciega ferocidad de un toro de lidia.

Esta vez logró coger algo. Una tela burda, espesa, de un gabán quizá, dentro de la cual había un cuerpo vivo que procuró evitarlo. Luego, un millón de luces estallaron en su cabeza y un como lejano batir de tambores le asaltó los oídos. Con el último resto de sus energías, tiró fuertemente de la tela y luego... nada. Las profundas tinieblas dentro y fuera de él.

El ruido de pasos que se acercaban y se alejaban, y la luz de una linterna iluminó el grupo. Harvey yacía a dos pasos de los negros, caído sobre un costado, con la mano fuertemente engarfiada. Un pie calzado con un zapato recio le golpeó en las costillas una y otra vez, y luego, la luz se apagó de nuevo. Pasos que se alejaban, el leve chasquido de una cerrada que encaja y luego el silencio.

IV

1,15 A. M.



OS fanáticos chinos se lanzaban al ataque atronando el aire con los apocalípticos estruendos de sus roncadas trompetas y el monótono batir de viejísimos tambores. Llegaban, estaban llegando hasta su posición, y él había preparado ya la carga de la pistola ametralladora y tenía colgando de su cintura diez granadas de mano. Llegaban... estaban llegando, y siempre aquel frenético batir y trompetear.

No, no eran los chinos. El paisaje montañoso empezaba a desfigurarse, a desvanecerse en el aire. No, no eran los soldados uniformados de cordero guateado y sus espeluznantes caras terrosas. No, era aquí, en Nueva York, donde alguien golpeaba algo.

Sintiendo un lacinante dolor en la nuca, procuró incorporarse, sujetándose con las manos en el suelo y procurando recordar qué era lo que le había sucedido.

Aquel dolor en la cabeza... No era ese dolor común que le asaltaba en las noches de insomnio, sino el dolor producido por un golpe, como cuando aquel norcoreano le pegó en la cabeza con la culata del fusil en el cinturón de hierro de Fusan. Algo así era.

Y de pronto recordó. Sí, eso era. Había ido a ver a Tom Lattimer y lo había encontrado muerto. Y a su muchacha también. Luego, alguien o algo había llegado hasta él y lo había atacado.

Esos ruidos... Esos ruidos eran que alguien estaba golpeando en la puerta de la habitación, alguien que gritaba al mismo tiempo. Y ¿qué gritaban? «¡Abran, abran en nombre de la ley!».

¡La Policía! Otra vez la Policía, y otra vez lo encontraría en un sitio en el que había cadáveres y otra vez creerían que había sido él quien mató. Pero ¡si a él también lo habían atacado!

Se puso en pie, al mismo tiempo que sentía cómo un cuerpo pesado caía sobre la puerta con violento empuje. Ya estaban tratando de derribar los entrepaños, y no podría huir.

Había pasado ya el momento en que la simple mención del peligro lo galvanizaba a la huida, como cuando lo descubrieron inclinado sobre el cuerpo del niño. No, ahora, lo que hacía era razonado. Tenía, sí, que huir, pero no sería espantado y sin saber dónde dirigía sus pasos. La ventana.

Desde que entró había estado abierta, porque notaba las manos congeladas casi. Por cierto que, en una de ellas tenía algo, un trozo de tela, aun cuando no podía pararse a averiguar qué era. Dio un salto, procurando no hacer ruido, y se asomó al alféizar, mientras el ruido se repetía en la puerta. Esta vez la madera crujió, amenazando venirse abajo, y Harvey no lo pensó más. Total, no era más que la altura de un segundo piso sobre la ligera capa de nieve que empezaba a formarse en el suelo. La nevada protegería su huida.

Hacía seis meses, aquel salto no hubiera representado nada para él, aunque ahora sus músculos se habían ablandado por el alcohol y perdido elasticidad. No obstante, cayó perfectamente sobre los pies, arqueando las piernas como si fueran ballestas. Tras de él oyó el ruido de la puerta del cuarto al ser derribada y no perdió tiempo.

Un momento después estaba en la esquina.

El coche patrullero estaba parado al otro lado de la acera, pero seguramente que los dos policías habían subido al piso, porque no notó ningún movimiento en su interior. Dobló la esquina, caminó dos o tres cuadras más y, por fin se detuvo. Ahora, de momento, no corría peligro.

Estaba sudando por el esfuerzo y su corazón latía apresuradamente. Sacó un sucio pañuelo del bolsillo y se limpió la frente. Esto le hizo pensar en lo que llevaba en la mano.

A la luz de un farol, y mientras por su lado pasaban los últimos transeúntes en busca de sus casas, lo miró. Era un trozo de tela de color castaño, un bolsillo, indudablemente, de esos llamados de parche. Había arrancado el bolsillo entero al hombre que lo atacó. Por primera vez en toda la noche, Harvey Stoneham sonrió torcidamente. Por lo menos tenía una pista.

Cerca de allí, un café abría su boca amarillenta sobre la calzada blanqueada. Se dirigió hacia él, apretando fuertemente el trozo de tela en la mano y salvó la puerta de vaivén. Dentro hacía un calor agradable y olía gloriosamente a café recién hecho. Se acomodó a una de las mesas y pidió una taza y media docena de emparedados de carne fría. Cuando el soñoliento mozo se los sirvió, cayó sobre ellos ávidamente, devorándolos en unos minutos. Luego encendió un cigarrillo y se puso a contemplar el trozo de tejido, pensativamente.

Era, estaba seguro de ello, muy vulgar. Seguramente, el hombre que lo dejó en su mano lo había comprado hecho en cualquier almacén de precios bajos. Era castaño, con una ligera raya azulada que formaba cuadros grandes. Pero era una pista. Nadie puede pasearse por la calle sin un bolsillo en el gabán. El hombre tendría que dejarlo en cualquier sitio y cambiarse, si es que tenía otra prenda. Un gabán, del que uno quiere deshacerse, puede dejarse en el lavabo de un café, de un bar o bien en cualquier calleja oscura. Pero supongamos que el hombre no tenía ganas de dejar huellas tras él. Entonces, lo llevaría, procurando ocultar la falta del bolsillo hasta que pudiera llegar a su casa. «Cuál de estos caminos escogería aquél», se preguntó Harvey desesperadamente, mientras dejaba un dólar sobre la mesa para que el camarero cobrase.

¿Y sí, por otra parte, no se había dado cuenta de que lo perdió

en la refriega? Ello era muy posible, aunque no probable. Tendría que buscar a un hombre que sólo llevaba un bolsillo. Un gabán castaño con cuadros de línea azul.

Salió de nuevo a la calle y a lo lejos percibió los aullidos de una sirena policíaca o de una ambulancia. Ambas cosas podían ser. El contraste entre la tibieza del interior del café y la frialdad de la calle, le hizo tiritar. Ahora hubiera agradecido mucho su abrigo, pero lo había empeñado hacía dos días para poder beber. Beber... Con un esfuerzo apartó esta palabra y todo lo que significaba de su mente.

Ahora ya estarían recogiendo los pobres restos de los dos negros y llevándolos al depósito de cadáveres. ¿Por qué los habían matado? Era completamente absurdo el pensar que su muerte hubiese sido algo casual y que nada tuviera que ver con lo que había sucedido anteriormente. No, alguien había querido silenciarlos porque Tom Lattimer sabía algo, y ese algo estaba relacionado con la muerte del niño Knowles. Y ese algo sólo podía ser lo que el negro vio en la taberna de Lajos. El negro había visto la cara enrojecida del asesino e incluso le había amenazado. Y eso había equivalido a su sentencia de muerte. El asesino loco andaba suelto aquella noche en las calles de Nueva York y había intentado cargarle a él el segundo crimen, ya que su presencia en el primero había sido meramente casual.

Sí, intentaban achacarle a él los crímenes. Por eso, en vez de matarlo cuando lo encontraron junto al cuerpo de Lattimer, lo hablan desmayado y luego, seguramente, avisaron a la Policía. Sí, eso había sido. Y entonces... entonces, el asesino debería estar muy cerca de él, lo suficientemente cerca como para poder saber lo que hacía en cualquier momento.

Miró a su alrededor. Un par de caminantes seguían su ruta entre la nevada, sin fijarse en nada, atentos únicamente a ver dónde ponían los pies. Nadie más se veía. No obstante, en la sombra tenía que estar el asesino, espiándolo.

Tiró su cigarrillo y se dio cuenta de que era el último. La idea de telefonar a Carney se le vino a las mientes y vaciló. ¿No sería, quizá, mejor ponerse al habla con él y explicarle lo que había pasado? La formidable organización que era el
F. B. I.

podría adelantar en pocos minutos lo que él no conseguiría en varios días, pero, por otra parte, había algo que lo impelía hacia adelante, a descubrir él sólo lo que se ocultaba detrás de todo aquello. Eso sería como una especie de compensación para con su Brenda. Le demostraría que no había colocado en vano su amor en él.

Irguió la cabeza. No, no telefonearía. No debía hacerlo. Encontraría la pista él solo.

Inconscientemente, sus pasos lo habían guiado hacia la calle Ciento Veintiséis, cerca de Broadway, el mismo sitio del que huyera casi media hora antes. El sitio, que debía estar hirviendo de policías deseosos de pescar al asesino de los dos jóvenes de color, pero era un impulso más fuerte que él mismo. «El matador vuelve al lugar de su crimen», se dijo torcidamente. Él no era el matador, pero quizá éste estuviera por allí cerca.

Se detuvo una manzana antes del lugar. Vio los oscuros uniformes de la Policía y luces en las ventanas. Pero en todas las ventanas había luces y personas, que se preguntaban unas a otras y se contestaban en su silbante lengua polaca.

También había unos cuantos trasnochadores deambulando por allí, y siendo apartados a empujones por la Policía. Un momento después vio salir de la casa a un grupo de hombres de paisano que subían a uno de los coches. Seguramente los peritos en huellas, en balística o alguna cosa así.

Los «autos» pasaron por su lado como exhalaciones, al menos todo lo deprisa que la nevada permitía, y allí sólo quedó un patrullero con el motor en marcha y dos policías sentados en el «baquet». El mismo se volvió y examinó desesperanzadamente las casas vecinas, como buscando en ellas una posible ayuda.

No sabía qué hacer. No tenía la menor idea de lo que podría hacer. Lo único que pedía era acción. Ahora que había gustado de nuevo del acre placer de la emoción, sólo ansiaba volver a sentirlo. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y palpó el pedazo de género castaño. Lo tocó con la misma reverencia con que hubiese tocado un talismán, y en realidad, algo así representaba para él. El talismán que podría devolverle a Brenda.

En el momento en que se daba la vuelta tropezó con alguien. Era un viandante, al que parecía quedarle pequeña la acera, con ser esta

bastante ancha. Llevaba un grueso gabán de pelo de camello y, a pesar de la escasa luz, podía ver su iluminada nariz de borracho. Como estuvo a punto de caer, lo sujetó con ambos brazos.

—Gra... cias, amigo —dijo el otro, sonriendo y enseñando una dentadura casi por completo de oro—. He de quejarme al alcalde... porque... porque tuvo la humorada de... poner calles rodantes... Gracias, amigo, usted me ha salvado de algo... peor que la muerte, ¡hip!

Y seguía cogido a su brazo como si pensara que, de separarse, caería en aquello que era peor que la muerte. Seguramente, las baldosas.

—¡Déjeme! —dijo Harvey, pugnando por separarse del otro.

—¡Vamos a t-t-tomar unas copitas, eh! —contestó el borracho, esgrimiendo de nuevo su áurea dentadura.

—¡Déjeme, hombre! —dijo Harvey, tratando de soltarse; pero el tipo parecía bastante obstinado.

—Nada de e-e-eso, mi amigo. Usted me ha salvado y Frank Paulson no olvida. Ése soy y-y-o. Frank Paulson. Usted se viene conmigo a tomar unas copitas. Yo, Frank Paulson, le invito —y lo dijo como hubiera podido decir: «Yo, el rey».

Sólo había una manera de quitárselo de encima: hacer como que consentía. Ya vería la manera de darle esquinazo. Pero Frank Paulson se le cogió al brazo y lanzó un «kikiriquí» muy satisfecho.

—Es usted un gran amigo —afirmó—. Primero me salva la vida y luego viene conmigo a tomar unas copitas. Llámeme Frank —pidió, amistosamente.

—Vamos, Frank.

Fueron a recalar en el mismo café en que tomara los emparedados. El «barman» miró a Paulson e inmediatamente puso un «*whisky*» doble ante él y consultó con la mirada a Harvey.

—No intente aprovecharse de su borrachera, amigo —le dijo, en voz baja—. Mister Paulson no es desconocido aquí.

—Él se empeñó —dijo Harvey secamente—. Yo no quería. Deme un café.

—Bueno; ya está advertido.

Empezó a beber su café, mientras Paulson se echaba su copa a la garganta y chasqueaba la lengua muy satisfecho. Luego miró a Harvey.

—Amigo —le dijo, seriamente—. Eres un gran amigo, pero no debes beber café. Es malo para la salud. Lo digo yo. Eso es. Lo digo yo. Yo, Frank Paulson.

—Está bien.

Paulson se desabotonó su gabán y exhibió un traje de buen corte. Borracho o no, aquel hombre sabía vestir. De un bolsillo extrajo trabajosamente un billete de cinco dólares y lo lanzó de una manera regia sobre el mostrador. La forma respetuosa con que el «barman» lo cogió indicaba a las claras que Paulson gastaba su dinero en abundancia.

Luego, el borracho se tentó el gabán y empezó a reír silenciosamente, sacudido por hipoes. Harvey lo miró con extrañeza.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Me estoy riendo... Mozo, otro doble para mí y otro café veneno para mí amigo... ¿Cómo te llamas, amigo?

—Smith —respondió Harvey sin dudar, y asombrado, vio cómo el otro se tironeaba de la tapa del bolsillo de su chaqueta muy divertido; luego miró a los bolsillos de Harvey.

—No lleva gabán, mi pobre amigo —dijo caritativamente—. Te regalaré el mío. Eso hizo el buen samaritano —y empezó a despojarse del suyo, muy decidido a quedar bien con las sociedades filantrópicas.

Harvey lo cogió del brazo.

—Estoy bien y no tengo frío —dijo, ante la mirada aprobadora del «barman», que se disponía a intervenir.

—Es la segunda y-y-vez que me rechazan esta noche —dijo Paulson, muy apenado—. Sí, señor; la segunda vez.

—No me extraña —dijo Harvey, mirando al mozo; éste hizo un gesto de asentimiento.

El de antes fue otra cosa —dijo, mientras Paulson ahogaba su desdicha por no poder servir al prójimo, en una copa de «whisky». Un tío grosero, que empujó a míster Paulson y por poco lo lanza al suelo. De no haberse marchado, yo mismo lo hubiera apaleado. No crea que siempre ha sido así, míster Paulson —prosiguió, meditabundo y con una extraña expresión en el rostro—. Antes era un médico de buena nota, sí, señor —hablaba en voz baja, para que el beodo no le escuchara—. Pero un camión atropelló a su hijita delante de su propia vista, y cuando su esposa, alocada, quiso

recoger el cuerpecillo, el conductor del camión, que debía estar borracho, la atropelló también. No le extrañe, amigo. Y no procure sacar tajada de él, porque lo evitaría yo.

Harvey se estremeció ante la crudeza de la historia y miró con simpatía a Paulson. Éste no parecía acordarse para nada de aquella antigua historia y sólo parecía interesado en su desdicha presente.

—Me quiso golpear, sí, señor —le informaba a su copa—. Y todo, ¿por qué? Porque le quise dar mi gabán. Pobre, al suyo le faltaba un buen trozo. Sí, señor. Todo un bolsillo le faltaba.

Harvey sintió cómo el suelo cedía bajo sus pies. Miró asombrado a su compañero y lo vio a punto de derramar lágrimas de compasión por su infortunio. Había visto a un hombre al que le faltaba un bolsillo del gabán.

—¿Cómo dice, amigo? —preguntó.

—Sí, señor. Te digo que lo único que quería yo era hacerle un favor y él me quiso golpear. No hay justicia en la tierra, no, señor —y empezó, decidido, a predicar al mostrador sobre la ingratitud de los humanos, pero Harvey no le oía.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó al camarero—. Pienso llevar a míster Paulson a su casa y me gustaría encontrarme a ese tipo. Este hombre no merece eso.

—Era un individuo de alta estatura, con la cara muy encarnada, como si hubiese estado bebiendo mucho, y llevaba un gabán castaño. Míster Paulson tiene razón. Le faltaba todo un bolsillo, aunque no sé si el izquierdo o el derecho.

—¿Estuvo aquí hace mucho tiempo? —preguntó Harvey, con un bestial esfuerzo sobre sí mismo para que la voz no le temblase.

—¡Qué va! Hará unos veinte minutos, o cosa así. Pero no se preocupe por míster Paulson. Por muy borracho que esté, siempre llega a su casa, y demasiado temprano que llega, eso es lo que yo digo. Algunas veces me cuenta las pesadillas que tiene y, la verdad, ni por todo el oro del mundo quisiera encontrarme en su puesto.

—¿Sabe por dónde se marchó?

El «barman» miró con algo de sospecha. Harvey sabía que su atuendo no era el más apropiado para inspirar confianza a nadie.

—No, no lo sé, pero creo que hacia arriba.

—Gracias —se volvió hacia Paulson y le tendió la mano con un gesto espontáneo que no pudo evitar.

—Adiós, señor —le dijo, sintiendo cómo los ojos se le llenaban absurdamente de lágrimas—. Adiós, y gracias.

—¿Por el café? —preguntó el borracho sorprendido—. No hay de qué amigo, usted me salvó la vida. Vaya a visitarme. Broadway tres mil ochenta y nueve. Allí estaré —en aquel momento, sus ojos azulencos, rodeados de un leve círculo enrojecido, se fijaron en Harvey—. A usted le pasa algo —dijo estrepitosamente, pero sin pesadez—. Si está en alguna dificultad, amigo...

—No, gracias, señor. No lo olvidaré.

Y salió a la calle rápidamente. Paulson se volvió hacia el «barman».

—Extraño amigo —comentó—. Bien, sírveme otra copa y me marcharé. Sí, extraño amigo. Quizá necesitaba mi ayuda y yo no he podido dársela por estar demasiado borracho —y, inclinando la cabeza sobre el mostrador, se puso a llorar silenciosamente. El «barman» lo miró un momento y se puso a preparar un refresco de magnesia.



AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

V

3,30 A. M.



Un corpulento sargento penetró en el despacho de Phileas Carney y dejó un papel encima de la mesa. El agente lo leyó con rapidez y frunció el ceño. Luego miró a la muchacha, que se había dormido en un incómodo sillón, como si esto hubiera sido una señal, ella abrió los ojos, enrojecidos por el llanto.

—¿Malas noticias, Phil? —preguntó.

Él no contestó al momento; en vez de ello, hizo una seña al sargento para que se retirase.

—Sí —dijo por fin. Se puso en pie y empezó a pasear nerviosamente por el cuarto, como si no pudiera contener más tiempo sus nervios. ¡Sí, ese maldito idiota se ha metido en unos líos del diablo! ¡Cristo, cómo me gustaría poder partírle la maldita cara!

La joven se puso en pie y cogió su gabán.

—Recuerda que estás hablando de mi prometido —dijo en voz baja y fría—. Me marchó, Phil.

—Dispensa —dijo él, conteniéndose—. Es que me ha puesto fuera de mí... ¿Sabes lo que han encontrado? Pues a dos muchachos negros muertos y todo el cuarto plagado de huellas dactilares de Harvey. La Policía fue allí avisada por una llamada telefónica y se encontró con que un hombre huía del cuarto. Y ese hombre no podía ser otro que Harvey, ¿comprendes? ¡Toda la habitación repleta de huellas digitales!

La joven había palidecido densamente y se apoyó en la pared para no caerse.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que están buscando a Harvey como podencos para cargarle en cuenta estos asesinatos. ¡Maldición, y no poder hacer nada por su tozudez!

—Yo si haré algo —dijo ella, reponiéndose con un esfuerzo de voluntad—. Voy a ir a buscar a Harvey. Donde sea, pero lo encontraré.

El agente especial Carney la miró un momento. Había una expresión admirativa en sus ojos.

—Cielos —dijo—. Ese Harvey tiene suerte, mucha más suerte de la que se merece. Vamos, porque yo también iré contigo.

«Arriba», había dicho el «barman». «Ha ido hacia arriba». Eso quería decir que se había dirigido hacia el río Harlem. O, más bien, hacia la casa donde cometiera el crimen. En alguno de aquellos huecos de los portales, escondido quizá en las gradas de las puertas oscuras, estaba el hombre que había asesinado tres veces en una sola noche. El hombre que robara el niño de Knowles, el hombre que quisiera cargarle a él con la culpa de aquellas muertes feroces.

«¡Ah, sí lograra tenerlo un momento nada más al alcance de mis manos!», musitó Harvey, engañando los dedos. Ya no necesitaba alcohol aquella noche. Ni nunca más, pensó con firmeza. No volverían los sueños, y si volvían, Brenda sabría apartarlos de él. Lo

que necesitaba era matar con sus propias manos al asesino, ahogarlo lentamente...

Caminó apresuradamente hasta que vio el uniforme de un policía a la luz de un farol. Entonces se escondió hasta que el hombre, en su ronda, pasó cerca de él. Su perseguidor, debería estar en alguna parte, sí, pero ¿dónde?

Los sitios mejores para estar a esas horas son los bares. Había varios abiertos aún. Salió de su escondite y prosiguió hasta alcanzar Broadway de nuevo. Aquí había más animación, mucha más, aun cuando se componía casi exclusivamente de borrachos consuetudinarios que andaban dando traspiés por todas partes.

Uno... dos... tres bares... Ninguno. En ninguno de ellos había un hombre al que le faltase un bolsillo en un gabán a cuadros de línea azul sobre fondo castaño. Entraba, echaba una ojeada y luego salía. Pero en uno de ellos, en el último, vio algo que le llamó la atención. Se trataba de una cara. Una cara más bien vulgar, rematada en un rubio mechón de cabellos, con una nariz, bastante grande y pecosa. Aquella cara... él la había visto antes. O, por lo menos, había visto otra que se la recordaba.

Se puso a su lado, en el mostrador, y pidió un café bien cargado.

Cuando tomaba el segundo sorbo, ojeó distraídamente la cara de su compañero de barra. Efectivamente, aquella cara la había visto él en alguna parte, aun cuando sería incapaz de decir dónde. Quizá en la guerra... No... la sensación era de que alguna cara que él viera se parecía a aquélla, no que fuese la misma.

El hombre estaba bebiendo «*whisky*» en copas llenas, dobles, y parecía que aguantaba mucho, pero también que había bebido demasiado. Aquellos cabellos rubios y los ojos azules... De pronto, el hombre se volvió hacia él.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó, con un rictus en las crispadas facciones—. ¿Qué diablos está mirando, con esa cara de atontado?

Parecía un hombre de unos veinticinco años, y era bastante recio y fuerte. Harvey no le quitó la vista de encima.

—Dispense si le molesté, míster. No era mi intención.

—No mire a nadie de esa manera si no quiere que le deshagan la cara de un puñetazo —le contestó el otro, sin abandonar su aire feroz.

Harvey se dijo que si alguna vez había visto a un hombre en estado de desesperación, era aquél. Le temblaba ligeramente la barbilla y se bebió un nuevo «*whisky*», echandoselo al colete como si fuese agua. Golpeó fuertemente el mostrador con el vaso para llamar la atención del camarero, y éste se acercó a él un poco indeciso.

—No consentiré que arme broncas aquí, amigo —le dijo—. Ya es la segunda vez que se pelea con alguien. Váyase a su casa y no siga bebiendo.

Un puño grande, pero de dedos delgados, se cerró en torno al gaznate del camarero, y empezó a apretar. El hombre puso los ojos en blanco y su tez se volvió purpúrea primero y azulencia después. Harvey se dispuso a intervenir para salvarle la vida al pobre empleado, porque era indudable que el otro estaba buscando «matar».

—Si hubieran asesinado a tu hermano, puerco —dijo con una voz que apenas parecía humana—, si hubieran matado a tu hermano, aplastándole la cabeza con una piedra, como si fuese una cucaracha, beberías, maldito; beberías hasta perder el conocimiento. Te voy a matar, para que no vuelvas a burlarte de nadie, como no sea en el infierno —y el puño se cerró tanto, que los nudillos se le pusieron blancos por la presión.

Harvey, horrorizado, se lanzó en tromba sobre el rubio y logró apartarlo un poco, lo suficiente para que otro de los bebedores tirase del «barman» y lo sacasen fuera del alcance del energúmeno. Éste se volvió hacia Harvey, que era el que más cerca estaba, y le dio un puñetazo, que, de haberle alcanzado, lo hubiera derribado sin conocimiento al suelo. Pero Harvey se agachó y, a su vez, golpeó al otro.

—No me extraña que esté así —dijo uno de los clientes, un obrero que llevaba una gorra—. Si eso me hubiera ocurrido a mí, no sé lo que pasaría.

—Pobre hombre —dijo otro—. Creo que deberíamos llevarlo a alguna parte. En ese estado puede ser capaz de cualquier cosa, creo yo.

Pero el hombre se estaba incorporando. Miró a su alrededor con aire un poco atontado y trató de ponerse en pie.

—No me sujeten ya —dijo con voz contenida, muy pálido—. Lo

siento. Creo que perdí la cabeza. Pagaré lo que sea.

—No se trata de pagar, amigo —respondió el obrero—. Se trata de que vaya a su casa y se tranquilice. No conseguirá nada poniéndose así.

Logró alcanzar la vertical y miró al camarero, al que en aquel momento le estaban echando agua por la amoratada cara.

—Lo siento, amigo —dijo. Y echó un billete de cinco dólares sobre el mostrador. Luego dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Harvey, después de dejar el importe del café, lo siguió.

—Knowles —dijo, cuando estuvieron en la calle.

El joven se volvió y lo miró.

—¿Qué quiere? —preguntó—. ¡Déjeme en paz! ¿También he de pagarle a usted algo?

—No. Quiero decirle una cosa. Venga.

Anduvieron veinte yardas. Knowles lo miró por fin, a la luz de un farol, y se paró.

—No iré más allá. ¿Qué busca?

Harvey dudó un momento, pero no era aquélla la ocasión de perder el tiempo.

—Escuche —dijo, cogiéndole por un brazo—. Yo soy el hombre al que detuvo la Policía. ¿Está enterado de ello?

Las largas manos del hermano del muerto se dirigieron instantáneamente a su garganta, pero Harvey lo apartó de un manotón.

—¡Quieto, estúpido! —dijo, sujetándolo fuertemente por las muñecas—. He dicho que soy el hombre al que la Policía detuvo, pero no el que mató a su hermano. Usted quiere descubrir al asesino, y yo también. Y lo que es más, tengo una pista.

—¡Asesino! —dijo el otro, echando espumarajos por la boca—. ¡Lo voy a destrozar como un perro que es! —E intentó llevar a cabo su amenaza.

Todas las fuerzas de Harvey fueron apenas bastante para sujetarlo; pero él también sentía dentro de sí energías excepcionales aquella noche. Aquella terrible, alucinante noche.

—¿No me comprende? —dijo—. ¡Tenemos que encontrar al hombre que mató a su hermano! —hablaba rápidamente, entre jadeos, mientras procuraba evitar que el otro lo cogiera del cuello, porque entonces todo habría terminado—. ¡Tenemos que

encontrarlo, y entre los dos podremos hacerlo mejor! ¿No me oye?

Knowles pareció calmarse un tanto, pero a la luz del farol eléctrico sus ojos brillaban con un fulgor homicida. Mucho había debido querer aquel hombre al pequeño de los ojos azules para haberse vuelto loco de aquella manera.

—Tengo una pista —repitió Harvey, como el que se dirige a un niño—. Quiso cargarme a mí los asesinatos, porque ha matado ya a tres personas esta noche; pero yo logré hacerme con un trozo de su ropa. Si me promete estarse quieto, se lo mostraré. Mírelo.

Y, encomendándose «in mente» al Creador de todas las cosas, dejó de sujetar las muñecas de Knowles y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Había dejado de nevar por un momento y un viento helado le hizo estremecer. Luego sacó la mano y le mostró el trozo de paño.

—¡Mírelo! Esto es lo único que tenemos para descubrir al hombre... Esto y su cara, que jamás se me olvidará. Yo vi cómo él golpeaba a su hermano, y otras tres personas lo vieron también. De ellas, dos están ya muertas, y la otra ha desaparecido. ¿No comprende, estúpido? Entre los dos lo descubriremos antes.

El viento se llevaba las nubes de nieve, desflecándolas, y una luna de plata fundida asomó la cara entre dos ráfagas, para volver a ocultarla nuevamente ante los vapores que llegaban desde el Atlántico. Knowles bajó los ojos hacia lo que le mostraba Harvey, y una mano parecida a una garra se crispó sobre el bolsillo. Luego, se lo llevó a los ojos como si quisiera grabar en su cerebro hasta el menor detalle de la trama.

—Si me miente —dijo con voz blanda—, jamás volverá a mentir a hombre alguno, porque tan cierto como hay un Dios que nos escucha, lo mataré.

—No le miento. Ese hombre ha estado rondando alrededor de mí desde que mató al niño; pero ¡santo Dios! no sé dónde está. Alguien lo vio hace muy poco tiempo y muy cerca de aquí. ¡Tiene que estar escuchándonos desde algún sitio, quizá a pocas yardas de donde estamos nosotros!

Knowles miró a su alrededor con aire de demente. Nada se veía. Nadie. Ni un policía, ni un trasnochador. Nadie. La nieve en el suelo y la nieve que empezaba a caer en el aire, una vez pasada la racha de vendaval. Nada más que la nieve blanca.

—Vamos —dijo Harvey.

—¿Dónde?

—No lo sé, pero vamos. Ya le he dicho que tiene que estar por aquí cerca. No se separe de mí, Knowles. Si la Policía me coge a mí, jamás lograrán dar con el asesino, porque yo soy el único que lo vio. Es decir... hay alguien más. Un «barman» y un médico borracho, tan borracho, que no se acordaría de él.

—Vamos a ver a ese «barman» —dijo el otro testarudamente—. Tenemos que verlo. Tendrá que decir lo que sabe, o le machacaré la cabeza... se la machacaré lo mismo que alguien hizo con mi hermano. ¡Oh, Dios, Dios, el pobre chiquitín! Siempre que venía a casa después de algún viaje salía corriendo a recibirme y me echaba los brazos al cuello. Era el más cariñoso de los...

Dio media vuelta, se apoyó contra la pared y empezó a devolver entre estertores. Harvey se aproximó a él, pero no lo tocó. Había visto muchos hombres así, y él mismo, cuando le sucedió «aquello»... también había llorado.

—Vamos, Knowles —dijo con voz calmada—. No podemos perder ni un solo minuto. No estamos lejos de aquel sitio. Lo encontraremos. Quizá el camarero pueda decirnos algo.

El otro se incorporó y se limpió la sucia boca con un pañuelo.

—No debí ponerme así, pero no podía soportar la idea de ese cuerpecillo. No querían dejarme solo, pero les obligué a ello. Cuando encuentre al asesino quiero tener delante de mis ojos aquella visión de infierno. ¡Vamos ya!

Descendieron en silencio hasta alcanzar la calle Ciento Veinticinco. Al poco tiempo estaban delante del bar en que Harvey entrase con Paulson, el doctor ebrio. El hombre se preparaba a cerrar. Al ver acercarse a los otros dos, dijo, malhumorado:

—No despacho ya. Busquen otro sitio abierto hasta la mañana.

Cuando vio que no le hacían caso, se plantó delante de la puerta y tapó ésta con las aspas de los brazos.

—He dicho que no despacho. Estoy en mi derecho.

Knowles le dio un empujón, pero Harvey lo sujetó por un brazo.

—No queremos que nos despache, amigo. ¿Qué ha sido de Paulson? Queremos que nos de usted esa información.

—Dejen en paz al doctor —aulló el camarero—. Es el mejor hombre que existe. Déjenlo en paz, o les pesará. Un hombre puede

emborracharse sin...

—No nos Importa eso —repitió Harvey con tranquilidad aparente. Estaba descubriéndose a sí mismo de nuevo. Ahora sabía que ya no volvería a tener pesadillas de nuevo y ya no necesitaría el alcohol para poder olvidarlas—. Pero el hombre que quiso golpear a Paulson ha cometido tres crímenes esta misma noche. Necesitamos saber todo lo que pueda decirnos sobre ese hombre, ¿comprende? Y si no quiere hacerlo por nosotros, lo hará porque la Policía se lo ordenará.

—¡Hable, maldito sea! —rugió Knowles cerrando sus puños—. ¡Hable, o por Dios que...!

El camarero los miró a ambos un momento. Luego dijo:

—Pasen un momento. Si es como dicen...

Entraron de nuevo. El hombre estaba solo y ya había recogido las sillas, arrinconándolas contra la pared. Se quitó el delantal.

—Era un hombre de unos cuarenta años —dijo. Harvey asintió con la cabeza, anhelosamente—. No es la primera vez que lo veo. Ya ha venido aquí varias veces, y siempre se bebía una botella entera de «*whisky*». Ya saben cómo son esos tipos. Tienen la nariz enrojecida y con venillas amoratadas por toda la cara. Nunca habla mucho, pero cuando lo hace, jura como un demonio. Un día se peleó con un hombre, con un cliente, y se liaron a golpes, pero se marchó antes de que llegara el policía de facción —se quedó un momento pensativo, y luego prosiguió—: ¡Ah, bueno! Un día...; no, dos, creo, vino acompañado por otro; uno alto, moreno, con un bigotillo negro.

Knowles miró a Harvey, pero éste se encogió de hombros. Aquello no le decía nada.

—Debe usted saber de dónde venía —dijo Stoneham por último.

—Pues no lo sé —respondió el otro—. Aquí viene mucha gente, amigos. ¿Son de la Policía? —añadió, mirando con atención la destrozada ropa de Harvey.

—No —replicó Stoneham—. Pero quizá la Policía le interroge a usted en cualquier momento.

De pronto, pareció tener una idea. Se acercó al aparato telefónico, metió un níquel en la ranura y marcó, por segunda vez en la misma noche, el 3001. Cuando el telefonista de servicio enchufó la clavija le pidió con el despacho del agente especial

Carney. Pasado un momento, el policía dijo que Carney había salido hacía poco y que podía dejar algún recado. Harvey, rápidamente, le dio las señas del bar, ante la mirada reprobadora del camarero, y le dijo que fuese cuanto antes allá, que había una prueba de cierta historia. Luego dio su nombre, y a través del hilo le llegó casi el suspiro del policía.

—¿Stoneham? —preguntó el hombre del teléfono—. Lo están buscando, amigo, y le caerá encima una buena cuando lo encuentren. ¿Por qué no se presenta?

Harvey cortó y se volvió hacia el «barman».

—Más vale que no se marche —dijo—. Vendrá la Policía seguramente y querrán saber algo de ese hombre. Hábleles del bolsillo roto y de que Stoneham tiene en su poder el trozo. Que lo cogió en casa de Tom Lattimer.

—¡Buena faena me ha hecho! —se lamentó el camarero, mirándolo con mala cara—. Sí lo hubiese sabido, cierro antes. ¡Lo siento, no despacho! —dijo, volviéndose a alguien que había en la puerta. Luego, de pronto, retrocedió. Harvey, sin mirar siquiera, pasó por su lado, seguido de Knowles; pero tropezó con el otro.

—Despacio —dijo el que llegaba.

Era un hombre alto, moreno y con un ligero bigotillo sombreándole el labio superior.

—Tengo prisa —respondió Harvey, cogiendo aquel brazo.

—Amigo —respondió el del bigote—, habla usted muy alto y todo se oye desde la calle. Y habla demasiado también.

La idea fue penetrando en el cerebro de Harvey. Así como si hubiera sido una lucecilla, como el empezar a chisporrotear de una bengala, que luego se convierte en un haz de luces. No había encontrado al hombre del niño, pero había hallado al que estuviera con él en el bar. Le bastó una mirada a la cara del camarero para darse cuenta de ello.

—Sí, habla mucho —repitió el moreno.

En su mano había aparecido una pistola automática de feo aspecto, y con ella cubrió a los tres hombres. En la calle, a Harvey le pareció ver la sombra de un coche, un coche que, por su longitud, solamente podía ser un «Buick» o un «Cadillac». Y recordó que un «Buick» o un «Cadillac» se había cruzado varias veces con él aquella noche, pero no le había dado importancia. Un coche negro o de

color muy oscuro.

En la boca de la pistola había un chisme que alargaba absurdamente el cañón. Pero no era absurdo, porque un silenciador rara vez lo es. Por el contrario, es sumamente útil.

El camarero retrocedió hacia el fondo, paso a paso, mirando hipnotizadamente la pistola. Se veía que no era hombre de armas y que éstas le ponían al borde del colapso. Pero lo que era digno de verse era la cara de Knowles.

En dos guerras, Harvey Stoneham había visto muchas caras, pero ésta era quizá la más extraña de todas, porque en cada una de sus facciones, en cada uno de los nervios atirantados y de los músculos contraídos se leía el asesinato. Todo él era un puro impulso asesino, y el moreno se debió dar cuenta, porque apuntó hacia él con preferencia.

—Yo le aconsejaría que se estuviese quieto —dijo con la misma voz fría. Tenía unos ojos oscuros, muy separados, y los labios ligeramente gruesos. Un ejemplar bastante típico de ítaló americano—. La Policía —dijo— va a llegar aquí de un momento a otro y encontrará...

Knowles empezó a caminar muy despacio hacia él. Eran pasos cortos, como los que podría dar un animal al avanzar sobre una presa segura, aunque esta presa pudiera defenderse. Ningún deseo de protegerse había en el hermano del niño. «Seguramente —pensó Harvey, admirado a pesar suyo y sintiendo cómo el corazón le subía a la boca— a Knowles le importaría muy poco el que pudieran matarlo. Solamente quería matar él».

—¡Quietos, loco! —Le lanzó.

—Asesino —dijo Knowles con voz blanda. El moreno pareció perder un poco el dominio sobre sí mismo y le apuntó con la pistola a la cabeza.

—Quietos, amigo; no quiero matarlo —dijo con voz no tan segura—. Yo no fui quien acabó con su hermano, sino un bestia que...

—Asesino —repitió Knowles. Era horrible ver a aquel hombre avanzando hacia una muerte segura, indiferente, atento sólo a la ocasión de saltar sobre su enemigo para acabar con él.

—¡Quietos! —gritó Harvey, mientras el camarero lanzaba un largo y desgarrador suspiro de terror.

Pero la pistola hizo «plop» una sola vez y Knowles se detuvo en

su camino. Una mancha carmesí apareció en su pecho y fue extendiéndose por la clara tela de la gabardina. Se llevó ambas manos allí y en sus ojos apareció una expresión como de asombro. Luego, lentamente, cayó. Pero no por completo, eso era lo horrible, sino que quedó a gatas, sin dejar de mirar al hombre del bigote.

—A... se... sino —repitió. Y empezó a avanzar hacia él, tambaleándose, sobre las manos y los pies.

El moreno se hizo atrás como si se le acercara una serpiente y disparó de nuevo, pero esta vez el disparo falló, porque el camarero, en el paroxismo del terror, se había lanzado hacia adelante, en un vano intento de huir y había apartado el cuerpo. Fue él quien encajó la bala de plomo blindado, y cayó de costado, rompiendo en su caída el equilibrio ya inestable de Knowles, que quedó perneando en el aire y sin dejar de proferir la palabra «asesino» con el mismo tono.

Harvey había estado esperando la ocasión de saltar sobre el otro. Sabía que si lograba ponerle las manos encima, la victoria sería suya, porque él era más fuerte. Y ésta fue la ocasión. En el momento en que los ojos del moreno se fijaban en el grupo que yacía a sus pies, se lanzó sobre él.

Ese algo imponderable que llaman sexto sentido avisó al italiano. Dio vuelta a la muñeca rápidamente y disparó contra Harvey. Éste sintió un dolor quemante en el hombro y comprendió que había sido herido. Pero el objetivo del asesino no era matarle a él mismo, sino dejarlo allí, donde la Policía pudiera echarle mano. Antes de que lograra reponerse, vio volar hacia su cabeza el cañón de la automática, y trató de apartarse, consiguiéndolo solo a medias. El golpe le rozó la frente, y Harvey decidió que, muerto, no podría hacer ya nada, y, además, él no deseaba morir.

Quería vivir, para Brenda y para él.

Se dejó caer y, con los ojos entornados, vio cómo el otro contemplaba los cuerpos del camarero y de Knowles, el cual había dejado de hablar. Luego le vio meterse la pistola en el bolsillo y salir, cerrando la puerta tras de sí.

Harvey se puso en pie, atontado, sintiéndose presa de las náuseas y sujetándose fuertemente el hombro con una mano para contener la hemorragia. La sangre le corría brazo abajo, espesa, caliente y roja.

A través de los cristales vio cómo el coche se ponía en marcha. Seguramente, pensó, que no iría muy lejos, porque se detendría para ver cómo la Policía lo cogía a él, a Harvey Stoneham. Pero no pararía muy cerca tampoco. Como a través de una bruma, se le ocurrió la idea, de pronto. No podría esperar con el coche. Tendría que dejarlo en algún aparcadero, forzosamente, y montar la guardia a pie. Eso es lo que haría.

Pero, su hombro... no dejaba de sangrar y cada vez le dolía más. Necesitaba sacarse la bala, pero... ¿cómo? Él había practicado en Corea con compañeros suyos cuando no tenía más remedio, porque los sanitarios o los médicos habían muerto o estaban lejos. Pero no podría jamás hacérselo a sí mismo; era una simple imposibilidad física. Luego, mientras abría la puerta, después de haberse asegurado que Knowles vivía aún, le vino la idea a la cabeza. Sabía quién le curaría. Y, aun cuando lo sintiese, Knowles tendría que permanecer allí hasta que llegase la Policía.

Salió a la calle y dio un ligero traspiés. Con la mano, tal y conforme había visto hacer muchas veces en campaña, procuró sujetarse los bordes de la herida para impedir que sangrase, y lo consiguió. No podría hacerlo durante mucho tiempo, pero el sitio al que tenía que llegar no estaba lejos. Entonces, empezó a andar, pegándose a la pared.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

VI

4,45 A. M.



especial del
F. B. I.,

HILEAS Carney, agente

dejó su coche junto al cordón de la acera y miró a la joven que se sentaba a su lado. Un policía uniformado se les acercó. Procedía de un coche patrullero de radio.

—¿Nada? —preguntó Carney. Estaban en las cercanías de la Ciento Veintiocho y la avenida San Nicolás, y ya era el tercer coche que divisaban. Todo el Departamento de Policía parecía haberse

volcado en aquel distrito.

—Nada, señor. Pero seguimos buscando. Hemos dado una batida por todos los bares, pero hasta ahora no hemos podido encontrar nada. Ha de estar escondido en alguna casa.

—No lo creo. Para hacer eso, se hubiera entregado ya —repuso Carney. Y la joven lo premió con una pálida sonrisa—. Póngase en comunicación con Centre Street.

Pero la radio del patrullero empezó a cacarear en aquel momento. Alguien de la Central pedía comunicación con el agente Phileas Carney, del

F. B. I.

Éste se bajó del coche rápidamente y se acercó al patrullero. Escuchó un momento.

—Llamamos al agente federal Carney —salmodió la voz del operador en la lejana calle de Centre—. Llamamos al agente federal Carney.

El policía que manejaba la radio cambió y dio su posición, diciendo que Carney escuchaba. Al instante, la voz gangosa prosiguió hablando:

—Se ha recibido una llamada telefónica de Stoneham, desde un bar situado entre el Riversida y Broadway. Urgente. Afirma haber encontrado una pista. Cambiamos.

—Está bien, Centre —dijo Carney, dando un suspiro—. Oída comunicación. ¿Nada más? Cambio.

—Nada más, agente federal. Suerte.

Y la radio cesó de funcionar. Carney dio rápidamente orden al patrullero de que lo siguiesen, y volvió a su coche. La joven lo esperaba, con los inmensos ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Harvey telefoneó desde un bar. Parece que ha encontrado algo. Dios quiera que sea así.

3071, 3075... 3083. Ya poco faltaba. Un esfuerzo más y encontraría lo que buscaba... Un esfuerzo más. Los dedos le dolían al tenerlos ferozmente apretados contra la herida, y las piernas la fallaban a veces; pero con un soberbio esfuerzo de voluntad conseguía enderezar sus pasos de nuevo. 3085... 3087... 3089. Ésa era la dirección. Broadway, 3089. Allí vivía.

Había cinco gradas para llegar a la puerta y una doble barandilla de mampostería. Se agarró como si en ello le fuese la salvación, y ascendió la primera grada. Otra... otra, y, por fin, la dureza amistosa de la puerta. Ahora, a apretar el timbre, a apretarlo hasta que aquel hombre abriera. Una, otra vez...

Los minutos pasaron lentos. El timbre no se oía afuera, y los sentidos sobreexcitados de Harvey empezaron a jugarle malas pasadas. Quizá el timbre no funcionaba. Quizá el doctor Paulson estaba demasiado borracho para oírlo. Quizá... ¡Oh, por Dios, si todo eran «quizá», estaba perdido! Dios no podía haberlo abandonado de aquella manera.

No lo había abandonado. La puerta se abrió, y la figura rechoncha del médico apareció en ella. La luz que brotaba del iluminado «*hall*» le impidió a Harvey la visión de la cara del otro, y, deslumbrado, cerró los ojos.

—¿Qué quiere? —preguntó la fina vocecilla de Paulson.

—¿No me conoce, doctor? —preguntó Harvey tratando de que su voz sonase lo más natural posible—. Necesito su ayuda.

—Pase.

A la luz del interior, el médico, que parecía mucho más sereno, contempló la cara de Harvey, y luego su mirada se trasladó al hombro del muchacho.

—¿No me conoce, doctor? —preguntó ansiosamente—. El del bar... y...

—Ya le he reconocido —dijo el otro gravemente. Se pasó la mano por la frente y dijo—: Siéntese, amigo, y espere un momento.

Nada más; ninguna pregunta. Ninguna nueva mirada a su hombro. Salió de la habitación y Harvey oyó el ruido de agua que sale de una canilla con fuerza. Luego, el doctor apareció de nuevo con la cara chorreando y el escaso pelo pegado a la frente. Ahora parecía sereno casi por completo. Llevaba una bata de seda sobre los pantalones del pijama y un maletín y una jofaina en las manos.

—Déjeme ver —pidió.

Apartó la mano de Harvey y miró. Luego, con un movimiento brusco, empezó a quitarle la chaqueta.

—Le haré daño —advirtió—, pero no hay otro remedio.

—Lo soportaré, doctor. Quisiera explicarle...

—Luego. Ahora sujete esto con los dientes y muérdalo si el dolor

le resulta insoportable.

Las manos de Paulson temblaban ligeramente y sus ojos a veces no estaban del todo firmes. Pero entre los sudores que el dolor le arrancaba, Harvey Stoneham vio que el otro cumplía su trabajo con gran seguridad, con la seguridad del que sabe que de él depende quizá la vida de un hombre.

Al cabo de un cuarto de hora había terminado y la bala reposaba en una mesita a su lado. El médico limpió los instrumentos con un trapo y los dejó en el maletín de nuevo. Luego fue de nuevo a la habitación contigua y volvió con una botella y una copa.

—Un trago le hará bien —dijo.

Harvey meneó la cabeza, pero el doctor no le hizo el menor caso. Sirvió una buena ración y se la pasó. Harvey bebió un poco, pero dejó el resto. Paulson, en cambio, se bebió un trago generoso y luego chasqueó la lengua.

—Le voy a decir una cosa —dijo seriamente, mirándole con sus pequeños ojillos—. Alguien lo ha herido y mi obligación sería dar parte a la Policía. Pero he vivido lo suficiente como para saber que a veces las cosas no son exactamente como parecen. Quiero que sepa que no necesita hacerme ninguna confidencia, pero no me gustaría saber que he ayudado a un criminal.

—Se lo contaré todo, doctor —dijo Harvey, mientras el médico terminaba diestramente su vendaje.

—Ya le he dicho que no tiene ninguna obligación. Pero si lo hace, y ello supone un delito, lo entregaré a las autoridades. Hable, pues, si quiere.

Diez minutos bastaron para que Harvey le pusiera al corriente. El médico encendió un cigarrillo y escuchó tranquilamente, bebiendo un trago de vez en cuando. Cuando acabó preguntó:

—¿No me oculta nada?

—Nada, doctor; le doy mi palabra de honor de ello. Ando perseguido por la Policía, que quiere cogerme, y por un individuo que ha decidido hundirme. Y sólo tengo de plazo hasta la madrugada. Antes de que amanezca he de haber encontrado a mi hombre... a mis hombres, mejor dicho, o...

No necesitaba acabar la frase. El médico asintió con la cabeza.

—Comprendo. Bien, no creo que haya nada más que pueda hacer por usted; pero si cree que alguna cosa...

—Gracias, doctor, ya ha hecho usted bastante con curarme y permitirme descansar un poco —miró a su alrededor y vio un cuarto confortable, pero al que faltaba ese especial toque que dan las manos de una mujer. Los ojos del doctor estaban muy brillantes.

—Pobre pequeño... —dijo con voz emocionada—. Esos seres no deberían existir, amigo. —Pobre, pobre pequeñín...

Harvey se puso en pie, pero el médico lo paró.

—Espere, amigo. Beberá café y tomará un bocado antes de marcharse. Creo que encontraré por ahí algo con que hacer un par de emparedados, aunque bien sabe Dios que ya casi me olvido de comer en muchas ocasiones.

Desapareció en la cocina y volvió con una botella de leche y dos bocadillos. Luego hizo café en un momento y le sirvió una taza a Harvey, que éste bebió con ansia. También tenía hambre, un hambre atroz.

Cuando acabó se quedó mirando al médico. Éste le sonrió débilmente.

—¿Sabe? —dijo—. Es bueno para uno hacer alguna cosa por los demás de vez en cuando. Le hace sentir a uno que... bueno, que aún vale para algo, que ya no es uno un simple... hierbajo que crece al borde de una carretera por la que pasa mucha gente. No obstante, es desalentador el observar lo poco que la gente necesita de un borracho...

Harvey sintió un nudo en la garganta ante la desnuda confesión de aquel hombre.

—No diga eso —dijo, poniéndose en pie y acercándose a él—. Yo creo que es usted la mejor persona que existe.

—No —respondió el otro— y era evidente que el alcohol estaba haciéndole efecto nuevamente. —No soy más que un hierbajo, eso es, un hierbajo. Está usted herido y ha perdido sangre. Además, su herida es bastante escandalosa. Coja mi gabán. Estoy seguro de que me lo devolverá cuando todo se haya aclarado, ¿verdad? Además, así como así, yo tengo varios. Bien puedo desprenderme de uno.

—Gracias —dijo Harvey volviendo a sentir aquel molesto nudo. Rechazar el ofrecimiento del médico hubiera sido tanto como golpear a un niño en la cara. Paulson volvió al instante con aquel gabán de pelo de camello y se lo ofreció.

—Tenga, y mucha suerte. Quizá algún día conozca a esa

muchacha de que me ha hablado.

—Seguro, doctor. Adiós, y que Dios le bendiga. ¡Ah, perdone! ¿No podría ver un mapa de esta parte de la isla? Lo necesito.

El doctor pensó un momento.

—Creo que tengo uno. Espere.

Al cabo de un momento volvió con un mapa que ocupaba desde el parque Central hasta el río Harlem y cogía parte de Bronx. Era un mapa a gran escala y tenía marcados los edificios y comercios importantes. Harvey le echó una rápida ojeada y al instante vio lo que buscaba. Con el dedo señaló a un punto.

—Aquí —dijo—. Hasta la vista, doctor.

—Hasta la vista, amigo. Si sale con bien no se olvide comunicármelo de alguna manera.

Y tuvo una tierna sonrisa en sus labios pequeños y regordetes como los de una mujer.

El punto que Harvey viera en el mapa era el aparcadero de coches más cercano al bar donde yacía Knowles. Si su cabeza no fallaba, y estaba casi seguro de que no, aquél era el lugar más cómodo en que el hombre del bigotito podría dejar su coche. Un automóvil parado en medio de la calle podría atraer las sospechas de cualquier policía de facción, pero no un coche colocado en un aparcadero.

No tardó más de un cuarto de hora en llegar hasta él, a pesar de que sentía débiles las piernas y el hombro le dolía. Un poco menos, es verdad, que antes de curarle Paulson, pero le dolía.

Allí estaba. Era un «Buick» modelo 1950, de un color muy oscuro. Antes de llegar junto a él ya sabía que estaba vacío, pero aun así se aproximó, hasta que el guardián sacó la cabeza por su jaula de cristal.

—¿Busca algún coche? —preguntó.

—El de un amigo, para ver si está por aquí —respondió Harvey. Llevaba el brazo izquierdo metido en el bolsillo del gabán para evitar que se moviera, y la calidad del abrigo impidió que el empleado sospechase nada.

—Pues si lo encuentra, avise. Ya veré de quién es —respondió. Y metió de nuevo la cabeza dentro de su jaula para seguir leyendo una revista ilustrada.

Harvey gravó el número de la matrícula en su cerebro. Durante

la guerra había utilizado mucho una cierta peculiaridad suya: la memoria fotográfica. Era capaz de entrar en un cuarto, echar una ojeada y decir exactamente lo que contenía con los ojos cerrados. Esto, claro, cuando no estaba borracho, como cuando el hombre pegó al niño.

La matrícula era de la ciudad. Ahora se trataba de alcanzar algún teléfono y ponerse en comunicación de nuevo con Carney, si es que podía. Sonrió al pensar que el detective federal aún no había logrado cogerlo a él, aun estando herido y perseguido por la Policía. Ni lo cogería hasta que él no lograra dar con el asesino. Estaba decidido a ello. Y la dulce cara de Brenda apareció de nuevo ante sus ojos.

Un teléfono, sí, pero llevando cuidado. El hombre del bigote, el italiano, tenía que estar por allí cerca, en el trayecto comprendido entre el aparcadero de coches y el bar en que cometiera la carnicería. Cuidado, tenía que llevar mucho cuidado.

Un coche de la Policía pasó a muy poca distancia de él, con cuanta rapidez permitía la nieve, que iba esperando poco a poco. Oyó su sirena, y luego otra más potente no lejos de allí. Una ambulancia, quizá.

Llegó a la próxima calle y antes de meterse por ella miró con cautela. Nadie. O, al menos, nadie a quién él pudiese ver. Pero si no había nadie... Eso no era posible. El hombre tenía que estar allí, en algún sitio.

La nieve le impedía ver con claridad. Ahora, el suave calorcillo del café y del gabán le hacían sentirse muchísimo mejor que media hora antes. De nuevo había renacido en él la confianza. No todo el mundo era malo ni se dedicaba a perseguirlo, sino que había también personas que confiaban en él. Brenda... Phil... el doctor Paulson... Y no podía defraudarlas. Necesitaba triunfar, por ellas y por él mismo.

La próxima esquina daba a la calle donde estaba el bar. Oía ruido de voces y chirriar de frenos de autos. Con un estremecimiento ante la idea de que pudieran encontrarlo los policías, se pegó a la pared y llegó hasta la puerta de una casa. Las mismas cinco gradas de casi todas las casas. Las ascendió y, pegado a la puerta, estuvo completamente convencido de que resultaba invisible.

Pasó otro auto lleno de policías, pero sin hacer sonar la sirena. Esta vez sus faros estuvieron a punto de poner de manifiesto la figura de Harvey, pero por fin pasaron sin verlo. Unas yardas más allá el auto frenó y uno de los policías. —Harvey podía ver su silueta borrosa— se apeó y otra sombra apareció a su lado. Ahora que había cesado el ruido de su motor, Harvey pudo oír perfectamente tres palabras:

—Enseñadme su documentación —había pedido el policía.

«Habían parado a alguien que había por allí», se dijo Harvey con indiferencia. Como es natural, pedirían su nombre y dirección a cuantas personas fueran encontradas en las cercanías del sitio del crimen.

Todas las personas que... estuvieran en las cercanías... Podía ser algo casual, pero también podría no serlo. De nuevo el corazón de Harvey dio un brinco dentro de su pecho. ¿Y si fuera el italiano? Él no lo había encontrado, y, sin embargo, sí a su coche. Podía ser él. Y eso le hizo recordar que no había llamado a Carney para darle el número de la matrícula. Tenía que hacerlo antes de que el italiano decidiese escapar de nuevo. Pero no sabía cómo.

El coche arrancó de nuevo. Ahora vio que la oscura figura del hombre al que pidieran la documentación avanzaba en su dirección por el medio de la calle, hasta que el coche dobló la esquina. Pero en ese momento cruzó la calle y se pegó a la acera. ¿Por qué?

Sólo podía haber una contestación a esa pregunta. Era, sencillamente, que la búsqueda de Harvey había terminado. Y precisamente la acera elegida por el italiano era la misma en que estaba él. La misma.

Sus manos se crisparon, y Harvey Stoneham apretó los dientes. Iba a tener, tenía a su alcance al hombre que había procurado que a él lo metiesen en la cárcel. Al hombre que a sangre fría había disparado sobre Knowles y sobre el camarero para quitarse testigos de delante. Claro, si moría el camarero nadie podría ya declarar en contra suya. La cosa era diabólicamente fácil. Pero no había contado con el elemento casualidad. Y el elemento casualidad había decidido que él no perdiera el conocimiento cuando fue golpeado. Y gracias a eso se había salvado de caer en las garras de la Policía.

Oyó el blando ruido de las suelas al chocar contra la nieve crujiente y distinguió de nuevo la figura. Indudablemente era el

italiano. Se acercaba mirando a un lado y a otro, como si buscara a alguien, y Harvey se dio cuenta de que «lo estaba buscando a él». De alguna manera aquel demonio se había enterado de que él no estaba en el bar cuando llegó la Policía y lo estaba siguiendo como había hecho durante toda la noche. Siguiéndolo para conocer hasta sus menores pasos y procurar culparle cualquier delito. Preferiblemente de sangre, de esos delitos que llevan a la silla eléctrica a quién los comete.

Allí estaba. Al alcance de su mano. Estaba llegando... Llegaba...

VII

5,30 A. M.



«auto». HIL Carney volvió al

—Nada tenemos ya que hacer aquí, querida —dijo a la muchacha.

Parecía muy cansado, tanto, que la joven, a pesar del terror que sentía por, lo que hubiera podido ser de su prometido, sintió compasión de él.

—¿Tan malo... es? —preguntó.

—Sí. Alguien ha matado a dos hombres ahí dentro. Mejor dicho,

uno de ellos vive todavía y ya hemos averiguado quién es. El hijo mayor de Knowles, el banquero. El otro es el camarero de ese bar, y está muerto. Y seguimos lo mismo —añadió, con desesperación—: Todas las pistas conducen derechamente a Harvey, como si hubiera algo que lo persiguiese de una manera demoníaca.

—Pero, Phil... él te llamó por teléfono. Él había averiguado algo, algo que quería que supieses tú...; sabes bien que no es él el culpable.

—Lo sé, querida, lo sé, pero todo le acusa a él. Por cierto, que él o el asesino están heridos. Hay sangre que no pertenece a ninguno de los dos que hemos encontrado.

—¿Harvey, herido? —preguntó ella, aterrorizada—. Lo sabía, ¡Dios santo! lo sabía. Sabía que algo así tenía que ocurrirle.

—No sabemos todavía que sea él —respondió el agente—. Puede que haya sido el asesino. Pero entonces. ¡Cristo!, ¿por qué no se presenta a nosotros?

—Ya una vez lo creísteis culpable al presentarse —había un tono de dureza en la voz de la muchacha.

—Yo, no. Lo que quería era que explicara ciertas cosas, y él no lo quería hacer. En fin, Dios sabe dónde estará en estos momentos.

Dio varias órdenes a unos cuantos policías que habían aparecido a su lado y luego encendió un cigarrillo.

—A esperar —dijo—. A esperar para ver si Knowles puede decirnos algo o no cuando recobre el conocimiento.

Un largo brazo surgió de entre las sombras de la puerta y se arrolló al cuello del hombre, con esa llave de lucha libre que se llama, «la corbata», en la que el hombro del atacante se apoya firmemente en la nuca del atacado, la brutal presión separa los cóndilos cervicales y desnucan a un hombre, si éste no anda listo.

Harvey Stoneham llevaba demasiado poco tiempo, en realidad, bebiendo como una esponja, para haber perdido las fuerzas que poseía. Su «corbata», pues, dejó al otro sin sentido al primer apretón. Harvey se inclinó sobre él, temiendo haberlo matado, pero no había peligro de eso. Sólo estaba desmayado.

Ahora se le presentaba un nuevo problema: ¿Dónde llevar el cuerpo? ¿Dónde poder dejarlo y dónde poder «interrogarlo a gusto»? Sí, ¿dónde?

De pronto se sonrió para sus adentros. Solamente un par de

millas lo separaban de la casa de una persona que confiaba en él. No podía volver al domicilio del doctor Paulson, pero podía ir al de Brenda. Al principio de aquella noche no se acordó de que sus padres estaban fuera, cumpliendo una especie de rito funerario con una pariente de Filadelfia, porque pertenecían a la secta de los cuáqueros. Luego, la casa estaría sola. Todo lo más, Gloria, la doncella de color de Brenda, que, por cierto, no era cuáquera, como sus padres.

¿Cómo no habría pensado antes en ello? Sólo tenía que coger un «taxi»... ¿Un «taxi»? No. Tenía un «Buick» oscuro parado en un aparcadero a pocos pasos de allí. Un «Buick» modelo 1950.

Se pasó uno de los brazos del desmayado italiano por el hombro, sujetándolo en forma de palanca, y empezó a arrastrarlo hacia el aparcadero. Cualquiera hubiera dicho que estaba ante dos borrachos que procuraban llegar a sus casas antes de la mañana. Cualquiera, incluso un polizone, si éste no resultaba curioso en demasía.

El sudor corría por su cara, cegándolo, a pesar del frío. El italiano, aunque no demasiado corpulento, era alto y resultaba muy molesto de arrastrar. Además, la nieve estaba tan resbaladiza...

Le pareció que pasaban horas antes de llegar hasta la vista del aparcadero, aun cuando, en realidad, no fueron más que quince minutos. Para cuando vio las luces de la jaula del guarda, su corazón latía desenfrenadamente, golpeteándole las costillas como una maza.

Apenas podía andar y las piernas le pesaban horriblemente. Él era un hombre fuerte y en ambas guerras se había visto abocado a ejercicios sumamente violentos, pero no cuando estaba herido, como ahora, y había perdido mucha sangre. El sudor le cegaba y una niebla roja se le ponía de cuando en cuando ante las pupilas y le obligaba a pasarse la mano libre por los ojos, a pesar de lo que le dolía el hombro cuando hacía un movimiento con aquel brazo.

Con gran desesperación suya, el italiano rebulló cuando estaban llegando ante el «Buick». Eso quería decir que iba a recobrar el conocimiento y las cosas se le complicarían de una manera espantosa. No tenía más remedio, aun exponiéndose a matar al hombre, que «encorbarlo» de nuevo.

El guardián no había visto nada todavía, de manera que pudo

llevarlo a cabo con gran facilidad. Un momento después, tras de exhalar un suspiro, el italiano se hundía de nuevo en la inconsciencia.

Al fin pudo llegar hasta el coche. Se le representaba ahora el problema de buscar la llave. ¡Maldito italiano! No quería que la Policía supiese nada de él, antes de que él, Harvey Stoneham, se hubiese despachado a gusto. Después de todo, él era el único que había sufrido la atroz persecución de la noche, él solamente, no la Policía. Se lo entregaría, sí, pero cuando hubiera acabado con él.

Elevó la voz, pero sin levantarla demasiado, y el guardián se asomó en su jaula.

—¿Qué pasa? —preguntó ariscamente.

Ya había terminado su revista ilustrada y estaba descabezando un sueñecito, a pesar de prohibírselo las ordenanzas.

—Mi amigo está trompa y no puedo encontrar la llave del coche —dijo Harvey lastimeramente, como si él tampoco hubiese sido impermeable al alcohol—. ¿Por qué no me ayuda, amigo? Le daré propina.

Rezongando algo acerca de los imbéciles que no saben beber, el guardián salió de su caseta y se dirigió hacia ellos. Harvey lo vio acercarse, con lo que a él le parecía atroz lentitud, temeroso de que en cualquier momento apareciese el azul uniforme de un «cop»[3], pero tampoco podía darle más prisa a aquel tipo. Era necesario portarse como un borracho que ya no tiene demasiada prisa en llegar a su casa.

—Sujételo —dijo, con voz que procuró hacer lo más estropajosa posible—. Tiene que tener la llave en alguna parte de la condenada ropa, eso es. En alguna parte.

La tenía en el bolsillo del pantalón, junto con otras tres, todas enganchadas en un llavero de aluminio. El guardián abrió la portezuela del «sedan» y Harvey le dio cinco dólares, que el hombre se guardó refunfuñando todavía. Pero ya estaban en el coche. Por fin podría correr por la calle sin tener que pegarse a las paredes a la menor sombra o figura que viese.

Arrancó con toda la rapidez que le permitía la nevada, y guió con la mano derecha, para dejar descansar el brazo del hombro herido. Con el rabillo del ojo, de cuando en cuando, echaba una ojeada a su acompañante, pero éste no se movía. En la esquina

frenó un momento, sosteniendo echado el freno de mano, pero sin parar el motor, y alcanzó la pistola del italiano, poniéndosela sobre sus rodillas. Si quería, que se despertase ahora.

La casa de Brenda estaba situada en la calle Sesenta Este, cerca del puente de Queensboro, y era una construcción particular, de dos pisos. Los padres de Brenda podrían ser unos cuáqueros, pero su casa era bastante buena. Sin duda que el pastor de su congregación debía tener, la manga bastante ancha.

«Sólo falta que no esté Gloria», pensó Harvey.

Pero ya iba teniendo más confianza en su estrella. Las circunstancias, desde el aterrador cariz que presentaban al empezar la noche, habían variado sensiblemente hasta convertirse en francamente alentadoras. Un esfuerzo más y la empresa estaría rematada.

Llamó al timbre como acostumbraba desde que empezó a visitar la casa de Brenda. Sabía que Gloria recordaría su llamada, a pesar de que habían pasado varios meses desde que fue allí por última vez. Se trataba de tres alegres timbrazos, seguidos de uno largo y grave. Los tres puntos y la raya de la «V» en morse[4]. El comienzo de la «Quinta sinfonía», de Beethoven.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Una cara atezada asomó la nariz por la mirilla y lo contempló, asombrada.

—¡Señorito Harvey! —exclamó Gloria, asombrada—. Voy a abrir ahora mismito, pero la señorita Brenda no está.

—Lo sé, Gloria; pero ¡por el amor de Dios, date prisa! Es algo urgente.

La negrita abrió y él penetró con su carga. Los grandes ojos de la joven se fijaron en el italiano y se abrieron desmesuradamente.

—¿Ha ocurrido un accidente, señorito Harvey? —preguntó.

—Escucha, Gloria: estoy en un apuro muy grande y necesito que me ayudes. Este hombre sabe cosas que me sacarían de ese apuro, pero lo más probable es que no quiera decirlas, ¿comprendes? He de sacárselas como sea, porque si no iré a la cárcel.

—Sí, señorito.

—Bien. ¿Dónde puedo empezar?

—¿En la cocina, señorito? —sugirió la otra, mirándole la cara al italiano—. Es lástima, señorito, porque es un hombre muy guapo.

—Sí, ya lo creo.

Llevó al desvanecido secuestrador hasta la cocina, grande y reluciente, lo dejó en el suelo y lo miró reflexivamente. Durante la guerra, en Corea, había visto los resultados de los tratamientos a que los coreanos, tanto del Norte como del Sur, querían someter a sus prisioneros. Solamente la intervención americana era capaz de impedir que sus aliados del Sur les rompieran la columna vertebral a golpes a los prisioneros, y en cuanto a los norcoreanos del general Nam... Bueno, más valía no hablar. Ésos eran dignos discípulos de los chinos.

Había varios tratamientos que darían su resultado, pero serían demasiado largos, y él no podía perder el tiempo. Estaba el de arrancarle los cabellos uno a uno... dejarle caer una gota de agua espaciadamente en la cabeza... Muchísimos, pero todos largos. No, lo mejor era el tratamiento directo.

—Tráeme agua fría, Gloria —dijo.

La joven volvió con un balde y él lo echó encima del otro, hasta que vio cómo recobraba lentamente el conocimiento. Entonces esperó un poco, mientras el italiano se despejaba. Miró con ojos turbios a su alrededor, pero al ver la cara de Harvey lo comprendió todo.

—Hola, perro —le dijo Stoneham amablemente—. Me vas a decir unas cuantas cosas. Tú y los de tu ralea siempre sois muy valientes cuando os enfrentáis a un hombre desarmado. Pero mira, herido y todo te hice caer en la trampa. ¿Qué te parece?

El italiano cerró la boca y un destello asesino brilló en sus negras pupilas.

—Vete, Gloria —dijo Harvey.

La negrita les echó una última mirada a ambos y luego se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Quién mató al niño? —preguntó Harvey, acercándose al otro.

Éste, era indudable, estaba esperando una ocasión propicia para lanzarse sobre él, pero la pistola lo disuadió. Aunque se sabía el más fuerte de ambos, Harvey no podía descuidarse, porque su hombro herido era una gran desventaja.

—Pregúnteselo a su abuela —dijo el italiano sin dejar de mirarle ferozmente; al momento se arrepintió.

Los pistoleros están acostumbrados a ser ellos quienes maltraten a los demás, pero no a ser maltratados. Ante la Policía, siempre

pueden mantener la cabeza alta, porque saben que, en la actualidad, los castigos corporales están muy perseguidos en el Departamento. Por eso, a quién más temen es a los particulares. Y ahora lo supo mejor que nunca.

Su adiestramiento para la guerra, le había llevado a Harvey a conocer perfectamente los puntos débiles de la anatomía humana, aquellos puntos en los que se puede herir o golpear a una persona sin que por eso pierda el sentido o se muera. Lanzó un golpe con la rodilla a la nariz del otro, y al instante, el castigado apéndice empezó a sangrar, mientras el italiano lanzaba un grito atroz.

—Habla —volvió a preguntar Harvey.

El otro revolvió los ojos con furia, e intentó levantarse, pero un golpe de puño, dirigido a su epigastrio, le hizo doblarse en dos. De no haber sido por su hombro herido, Harvey hubiera jugado con él como un gato con un ratón, pero ahora no pudo evitar que el italiano le diese una patada, que le alcanzó en la ingle.

—Tú lo has querido —le dijo, con fría ferocidad, como cuando, en medio del combate, veía acercarse a un japonés o a un norcoreano. Varias veces le había ocurrido aquello de hablar a su enemigo.

Y le golpeó de nuevo en la nariz. Esos traumas, siempre dirigidos a un órgano o a un apéndice, acaban por anestesiar un poco, pero eso es cuando son muchos y no dos solo, como ahora. El italiano se desplomó al suelo, de bruces, aullando de dolor, pero Harvey sabía que la casa estaba construida a prueba de ruidos, porque los padres de Brenda acostumbraban reunirse allí con sus correligionarios y cantar, con el consiguiente alboroto y protestas de los vecinos. No importaba, pues, que gritase todo lo que le viniera en gana.

—Habla —le dijo de nuevo.

—No me pegue... —balbució el otro, empezando a perder sus energías y su voluntad ante lo renovado de los ataques.

Harvey se inclinó sobre él, y nuevamente aprendió que no se debe uno fiar jamás de nadie, por tendido que esté a los pies de uno y amansado que parezca.

Los largos dedos del italiano volaron a sus ojos, y de no haber sido por el brusco «quite»[5] que hizo, se los hubiera saltado. En realidad, uno de ellos le rozó una pupila y sintió un agudo dolor,

pero no el suficiente como para hacerle echarse atrás.

—Perro... —le dijo tensamente—. Te voy a matar, pero antes...

Una cox al hígado, otra a la barbilla y la tercera de nuevo a la nariz, acabaron por completo con el valor del italiano, esta vez sin restricciones. De sus oscuros ojos se estaban empezando a saltar pesadas lágrimas y de su boca salía un constante gemir, porque los golpes habían sido administrados con la mayor crueldad posible.

—No me pegue... —insistió el otro, como un niño.

Temiendo una nueva reacción violenta, Harvey extremó sus precauciones al inclinarse sobre él, cogiéndolo del cuello, listo para apretar.

—Habla, perro: ¿quién mató al niño y dónde lo puedo encontrar?

El italiano volvió sus ojos, arrasados en lágrimas, hacia los de él.

—No me pegue... Se lo diré todo.

—Habla.

—Se llama Hugh, Hugh Brace —dijo—. Él fue quien secuestró al niño y él fue quien dijo que había que matarlo, porque lo había reconocido —dijo como quien recita una lección, pero Harvey se dio cuenta de que estaba mintiendo.

No seguramente en lo que se decía de Hugh, sino en lo que se refería a que hubiera sido este último quien ordenó la muerte del niño. Le bastaba ver las facciones del asesino para darse cuenta de que era muy capaz de asesinarlo él mismo.

—¿Quién mató a los negros? —preguntó.

—Él también.

Harvey le pegó un nuevo golpe en la nariz y, al mismo tiempo, oyó la voz de la negrita, al otro lado de la puerta, preguntando si podía entrar.

—Espera un poco, Gloria —le dijo. Y al italiano—: Me vas a decir dónde está Hugh, pero recuerda: si me lo dices, te dejaré marchar; si no, te quedarás aquí hasta que llegue la Policía. Y te están buscando por el asesinato de esas tres personas. Además, mataste luego a otras dos. Té espera la «silla».

El otro revolvió los ojos, aterrorizado, y lanzó un alarido.

—¡No! —clamó—. ¡Yo no he sido, yo no los he matado! Fue él, Hugh; fue él, lo juro por lo más sagrado. ¡No me deje, por piedad, no me deje aquí!

—Habla. ¿Dónde está Hugh? ¿Dónde vive?

Una espuma rojiza, producida por el miedo, había aparecido en los labios del italiano y Harvey tenía los suficientes conocimientos como para darse cuenta del por qué aquel hombre tenía unas particulares plaquetas encarnadas en las mejillas. Estaba tuberculoso, pero quizá él ni lo sabía siquiera. Quizá no le alcanzase la justicia de los hombres. Quizá no fuese necesario, porque la de Dios debía andarle rondando.

—En... Forbes, cerca del Riverside. La casa de la lavandería.

Y perdió el conocimiento. La espumilla se había convertido en un líquido negruzco, en sangre venosa que le manchaba los labios y le corría por la barbilla abajo. Harvey lo contempló horrorizado.

—Gloria —llamó.

Y al instante, la gentil carita de la «morena» apareció en la puerta. Cuando vio al hombre se llevó una mano a la boca y exhaló un ligero grito de susto.

—¿Lo ha matado, señorito Harvey? —preguntó.

—No, ni mucho menos. No soy ningún asesino. Pero ahora escúchame bien. En cuanto yo me vaya de aquí, tú telefonearás a la Policía, al tres mil uno, en Centre Street, y les dirás que vengan aquí. Cuando lleguen, les dices que vine yo con este individuo, y que le hagan hablar. Nada más. ¿Me has comprendido? Y si logras localizar a la señorita Brenda, dile que venga a casa cuanto antes.

—Pero... señorito Harvey, y ¿qué hago yo si este hombre se levanta y me quiere atacar?

—Dame una cuerda fuerte.

Harvey se inclinó sobre el desmayado cuerpo y le ató rápidamente las manos y los pies hasta dejarlo perfectamente empaquetado.

«Y ahora —dijo para sí— a buscar al hombre de la cara encarnada. Que Dios se apiade de su alma cuando caiga en mis manos».

VIII

6,15 A. M.



NOWLES no pudo hablar, porque ni siquiera recobró el conocimiento. Cuando el reloj del hospital daba las cinco y media de la mañana, expiró con un suspiro leve, que sólo recogió la enfermera de turno. Ésta se apresuró a avisar al médico, y éste, a su vez, telefoneó al agente especial Phileas Carney, del F. B. I.

Y Phileas Carney maldijo abundantemente cuando se enteró de la noticia en Centre Street. La joven dormía en un sillón, dormitaba, mejor dicho, derrengada, con la pintura de los labios corrida y un par de tizonazos en la carita. Phileas acababa de estarla

contemplando con ternura cuando lo llamaron al teléfono y le dieron la noticia. Un poco antes había recibido otra visita. La de un hombre de unos sesenta años, que horas antes había debido ser un tipo apuesto, con pelo cano y la mandíbula reciamente cuadrada, pero que ahora no era más que un guiñapo gimoteante, el banquero Knowles.

—Mis hijos, mis hijos —repetía una y otra vez—. ¡Santo Dios, cómo puede ser posible eso! Eso no puede ser posible, señores; eso no puede ser posible. Debe haber un error en todo esto... Seguramente que pagando, los que secuestraron a mi niño lo entregarían... No puede haber muerto, señores, sí jamás hizo ningún mal a nadie. Sus bracitos... por favor, señores, sus bracitos... me cogía...

Sollozaba una y otra vez. Phileas, en medio de su compasión, se dijo que había visto infinidad de mujeres, durante la guerra, recibir la noticia de la caída en el frente de un hijo o un marido, con la muerte en el alma, pero sin demostrarlo. Este hombre había enloquecido en el espacio de pocas horas. Cuando dos médicos —uno de ellos el suyo de cabecera— se lo llevaron, Phileas meneó la cabeza tristemente.

—Ese hombre no creo que vuelva a poder dirigir Banco alguno —dijo.

Y volvió a buscar a la joven, encontrándose con que ésta se había dormido. Luego recibió la noticia de la muerte de Knowles «junior». Y luego, otra llamada. Esta vez dio un salto en su silla.

—¡Hay un Dios en la altura y él vela por nosotros! —dijo, en voz alta, y despertó a la joven.

Ésta se restregó los ojos con el puño, como si fuera una niña y volvió la vista ansiosamente hacia él.

—¿Algo nuevo, querido? —preguntó.

—¿Algo nuevo? Cuando lo sepas...

—¡Dímelo, Phil! —Era aquello un verdadero grito desgarrador.

—Harvey ha estado en tu casa —respondió él—. Vamos allá, Brenda, porque creo que nos ha dejado un presente.

Y la vista del presente le hizo exclamar algo ininteligible, pero las órdenes que empezó a dar fueron perfectamente inteligibles. Llevar a aquel despojo a un hospital e interrogarlo sobre lo que supiera, después de quitarle las cuerdas.

—¡Ah, Harvey, Harvey! —dijo Phil cuando se dirigían hacia el hospital—. Has conseguido lo que yo no he podido —luego, al ver el gesto de fiero orgullo de la joven, dijo—: De acuerdo, Brenda. Ha vuelto a ser un hombre, y me parece que esta vez no se descarriará. Me desdigo de todo lo que afirmé anteriormente.

Entre el puente de Washington y el río Harlem se extiende lo que se conoce con el nombre de Washington Park. No es, en realidad, más que una banda de verde que corretea por la orilla de la isla de sudoeste a noreste, bañada por las sucias aguas del Hudson y del Harlem. Allí, al terminar el Riverside, hay una callecita de no más de treinta casas por lado, que se llama Forbes. No es demasiado conveniente meterse en ella una vez dadas las once de la noche, pero lo es menos todavía el meterse a las seis de la mañana y con un coche vistoso en cierto modo. No obstante, a Harvey no le quedaba otro remedio, y, encomendándose a Dios, se zambulló en el parque Washington hasta alcanzar la calle de Forbes.

Una vez allí le quedaban dos alternativas: una de ellas, dejar el coche aparcado en cualquier sitio, ya que, después de todo, no era suyo, y la otra, continuar en él hasta encontrar la casa, que no debía estar muy lejos.

Optó por la primera. Paró el motor y se apeó, cerrando la portezuela y haciendo el menor ruido posible. Llevaba en el bolsillo la automática del italiano y la cogió con mano firme, asegurándose primero de que tenía descorrido el seguro. Ahora se trataba de tirar a matar, o sea tirar el primero. Era la única solución a cualquier problema que pudiera sobrevenirle.

Un silencio ominoso reinaba en la callejuela: el silencio que precede al alba, aun cuando aún tardaría en salir el sol, si es que podía salir. Por lo menos, al amanecer. No obstante, sabía que no hay nada más engañoso que ese silencio. Puede estar plagado de cualquier cosa que ande en dos pies o que se arrastre, desde un ladrón hasta una perra callejera que busca alimento para su prole.

Una vez dejado el automóvil se puso en medio de la calzada. La casa que buscaba, la lavandería, tenía que ser visible desde el centro de la calle, y no era nada conveniente andar por la acera. Podría ser blanco de cualquier cuchillo que buscase su espalda o de cualquier pistola que pudiese pegarse a sus costillas. Y aunque no llevaba nada de valor encima, por lo menos quería devolver el

gabán a su dueño y, a ser posible, conservar su integridad física.

Apenas había andado diez yardas cuando oyó un débil siseo que procedía de su derecha. Sacó la pistola y miró hasta que se le saltaron las lágrimas, para localizar al que lo produjese. Nadie. O nada. Entre aquellas sombras había algún ser vivo que lo llamaba a él o que prevenía a alguien que podría encontrarse cerca. Se paró y, de pronto, dio un salto. Al instante oyó un ligero rebullir.

Sintiendo cómo un sudor frío le corría por la frente, pese a los copos de nieve que se pegaban a ella, llegó a la acera, y entonces vio qué era lo que había producido el ruido. Se trataba de algo pequeño que se escurría pegado a la pared leprosa de una casa de la que sobresalía el enrejado metálico de una escalera de incendio.

—¡Quieto! —dijo en voz baja—. ¡Quieto o disparo!

Nada le contestó, pero el bulto, que se hacía más visible cada vez, empezó a trepar por la escalera. El largo brazo de Harvey se extendió con rapidez y le echó mano. Al instante, un gañido como el que podría producir un perrillo pequeño se escapó de entre aquel montón de trapos.

—¡Estate quieto, maldito! —dijo—. ¿Quieres que te desnueque?

El gañido se convirtió en sonido modulado, pero las palabras que pronunciaba eran perfectamente incomprensibles para Stoneham. El conocía casi perfectamente el francés y un poco el alemán y español, pero ninguna de aquellas lenguas era la que utilizaba el bulto. Era algo sibilante, poblado de «eses» y «chs», algo así como una serie de chistidos. Un idioma eslavo.

Su mano cogió algo que muy bien podría ser un cuello, un cuello pequeño, y unos dientecillos se le clavaron en el dorso. Con un gruñido de dolor lo soltó, para inmediatamente aplicarle un fuerte golpe en el sitio donde supuso estaría la cabeza. Sintió despatarrarse el cuerpecillo, que cayó a su lado, contra los hierros de la escalera de emergencia.

La luz de una linterna eléctrica destruyó, las tinieblas por encima de él, y una masa enorme le cayó encima, haciéndole vacilar bajo su peso. No era la ocasión de andar con bromas. Sacó la pistola y la clavó en «aquello».

—Vas a morir —dijo.

No quería disparar hasta no estar completamente seguro de lo que habría de hacer y de quién era quien lo atacaba, pero se trataba

también de salvar su vida o la de algún otro. No había duda posible. Salvaría la suya.

El bulto le dio un fuerte golpe a la mano, pero él pudo retirarla a tiempo. El cilindro silenciador sujeto al cañón de la pistola dejó pasar el suave «plop» en que se convirtió la explosión de la pólvora, y el bulto lanzó un aullido ahogado. Separándose de él. La linterna había caído al suelo y Harvey se agachó con rapidez, asiéndola. Luego, sin perder un segundo, la dirigió hacia delante.

Se trataba de un hombre que había recibido su disparo en un brazo, el cual se estaba sujetando ahora. Unos pómulos pronunciados, un cabello oscuro escapándose por debajo de una mugrienta gorra y un montón de incalificables harapos que cubrían su cuerpo grande y pesado. A su lado había un chiquillo, tendido en el suelo, y no menos sucio y harapiento que el mayor.

—Ya has visto —le dijo Harvey— lo que se saca de meterse en estos líos —prudentemente, se había alejado unos pasos, sin dejar de apuntar con la pistola—. Y lo que es más, te has equivocado de dirección. No hubieras sacado nada con robarme. ¿O es que querías otra cosa que dinero?

Un gruñido seco fue la respuesta. Harvey levantó la pistola, asegurándose primero de que no había nadie allí cerca, nadie que pudiera salir de las sombras armado de una cachiporra y golpearle por la espalda.

—No contestas, ¿verdad? Bueno, voy a disparar. La Policía me dará siempre la razón, amigo.

—No dispare —suplicó una voz con fuerte acento—. No dispare, por la Virgen Santísima.

Ahora conoció el acento. Polacos, casi seguramente.

—¿Qué querías?

—Mis chicos tenían hambre —repuso el hombre engallando la cabeza para mirarle con ojos huidizos—. Yo tenía que darles de comer y no sabía de dónde sacarlo... Quise robarle.

Mentía con toda la lengua. El pequeño estaba amaestrado para atraer a los viandantes hacia la acera, y allí el padre saltaría sobre el incauto para despojarle. Y seguramente no sería el primero al que asesinaban para robarle y luego echaban el cadáver al Harlem para que apareciera ya en la bahía o en alguno de los muelles del río Este. Pero no era ocasión de ponerse a discutir el punto.

—Mira a ver qué le ocurre al muchacho —dijo mirando hacia arriba, hacia el arranque de la escalera de incendios. Le había parecido que una sombra más oscura que el resto de ellas se movía allí, pero aún no estaba seguro—. Y —prosiguió— dile al que está bajando la escalera que dispararé contra él si no sale a la luz. ¡Ahora!

Levantó la linterna con rapidez y alumbró hacia arriba. No era ningún hombre, sino una mujer vestida con un chal asqueroso y una falda manchada de algo oscuro que descendía lentamente con un rodillo de amasar en la mano.

—Toda la familia —dijo burlonamente—. Me alegro. La Policía tendrá mucho gusto en veros a todos. No os escaparéis con menos de cinco años.

El hombre, que se había inclinado sobre el niño, levantó unos ojos aterrorizados, o, al menos, así le pareció a Harvey. Pero no podía fiarse en absoluto de ellos.

—No lo haga... —suplicó—. No queríamos más que comer, dar de comer a los niños, se lo juro.

La mujer se había parado donde la sorprendiera la luz, pero a una señal imperiosa de Harvey descendió el resto de los escalones y se colocó junto a su marido, que en este momento levantaba del suelo el cuerpo inanimado del crío.

—¿Dónde está la lavandería? —dijo de pronto Stoneham.

Dos cabezas se alzaron interrogantes hacia él.

—¿La lavandería? —preguntó el hombre.

—¿Dónde está?

La linterna, en su mano, describió un círculo, secundada por la amenazadora boca de la pistola.

—Allí —respondió por fin el hombre, señalando a su derecha, en la misma acera en la que estaban.

Harvey pensó un momento rápidamente. Luego, sujetando al mismo tiempo la linterna y la pistola en una mano, movió la correspondiente al hombro herido hasta que logró sacar un billete de cinco dólares —el último— del bolsillo de la chaqueta. Lo tiró al suelo.

—Toma —le dijo al hombre—. Y, tenlo en cuenta, al menor movimiento que hagas te pego un tiro. Cómprale algo a los chicos, bandido.

Y dio dos pasos atrás. Aún llegó a tiempo de ver cómo una mano sarmentosa cogía el billete y el rebullir de los cuerpos que se alejaban. El incidente había pasado, pero se podía volver a repetir en cualquier momento.

Siguió por la acera, hasta que notó de pronto que había dejado de haber portales y escaleras de incendio. Sus dedos encontraron la superficie rugosa de una pared de cemento, que continuaba mucho más de lo que hubiera sido necesario en una casa de vecindad. La lavandería, seguramente.

Hacía un rato que dejara de nevar, porque nuevas ráfagas huracanadas llegaban desde el mar, arrastrando las nubes y aborregándolas hacia el Oeste, pero la luna hacía ya varias horas que se había ocultado, de manera que la oscuridad era casi por completo absoluta. Entonces llegó a una puerta.

Se trataba de una entrada de maderas clavadas y mal encajadas, que chirriaron al apoyarse en ellas. Harvey había pensado bien. Aquélla lavandería debía ser una de esas de antiguo estilo que desaparecieron cuando los chinos inundaron el mercado con sus lavaderos y tintorerías mecánicas. Muchas de ellas habían sido ocupadas por empresas constructoras que habían levantado desde sus cimientos casas de varias decenas de pisos, pero aún quedaban algunas en la parte noreste de la isla y también en las cercanías de Wall Street. Y ésta debía ser una de aquellas reliquias.

Empujó las maderas, que cedieron a la presión. Ahora, según lo que sabía de aquellos sitios, debía haber un patio más o menos cubierto donde antiguamente se metiesen los carros y los camiones, y que probablemente estaría vacío en este momento. Pero apenas había dado un paso cuando tropezó con algo que estaba tirado en el suelo. Quizá, fuese un montón de hierros viejos; pero el caso es que cayó sobre sus rodillas y sintió un violento dolor en el hombro. Todo aquello podía estar poblado de chatarra y no tenía ninguna gana de partirse la crisma. No le quedaba, pues, más remedio que encender la linterna, aun exponiéndose a recibir un tiro.

Tapó el cristal con la mano y la encendió, separándola de sí todo lo que daba la longitud de su brazo; pero no oyó ninguna detonación ni ninguna bala buscó su cuerpo. Nadie se había enterado de que él estaba allí, o le esperaban más allá, prestos para matarlo silenciosamente.

En efecto, eran hierros viejos y retorcidos de lo que el suelo estaba cubierto. Los había de todas formas, e incluso, a su izquierda, divisó algo que podría ser un coche viejo o un tractor. Se aproximó a él y vio que se trataba de una antigua máquina de asfaltar carreteras. Entre la máquina y el más próximo montón de chatarra había un estrecho paso que conducía hacia una edificación que, a la distancia, no pudo distinguir bien. Pero tanto si le había mentido el italiano como si no, era allí donde podría encontrar algo.

Tardó más de dos minutos en llegar hasta una pared, que bordeó procurando esconder lo más posible la luz de la linterna. Aquello debía de haber sido el cuerpo principal de la lavandería, y por alguna parte tenía que existir una puerta.

La encontró diez yardas más allá. Una puerta de maderas podridas, y en el momento en que llegaba a ella un olor peculiar asaltó su olfato, un olor que de momento no pudo clasificar.

Hasta entonces, y salvo el incidente de los polacos, o lo que fuesen, Harvey no había tenido tiempo siquiera de sentir miedo. Pero ahora, más frío, empezó a sentir cómo algo le corría por la columna vertebral arriba. Ese algo que acomete incluso a los más veteranos cuando, después de un día tranquilo, empiezan a oír los primeros cañonazos y escuchan la voz de mando que los empuja hacia adelante, hacia un enemigo que aún permanece invisible.

Pero ya era tarde para pensar siquiera. Y más valía no pensar en absoluto, si no quería volverse atrás. Si las cosas se miran de frente, uno no muere varias veces, como les ocurre a los cobardes. Y había sido el olor el causante de aquello.

Era algo así como las emanaciones de hombres pudorosos, mezcladas a algo que podría ser restos de haber encendido un fuego por allí cerca, seguramente dentro de la lavandería. Y había otra cosa. Un vaho ligero de comida a medio guisar o empezando a corromperse.

Aspirando el aire fuertemente, empujó la puerta y alumbró con su linterna, sin sentir dolor en el hombro a causa de la tensión nerviosa. No se había equivocado.

Se hallaba en una nave de vastas proporciones, con el piso de cemento y casi vacía. Es decir, vacía, si se exceptuaba un extraño chisme colocado en el centro, una especie de caja cuadrada, metálica, de la que salía un vástago redondo y alargado que subía

descarnadamente hacia el techo. Qué es lo que podría ser aquello; era cosa que no sabía ni tenía tiempo de averiguar. El olor venía de algún lugar situado casi enfrente de él, y procedía de los restos de un fuego. Pero... aún brillaba un débil rescoldo entre las maderas apagadas. A un lado de lo que fue hoguera había unas cuantas bolsas de papel corriente de embalar alimentos y dos botellas de «*whisky*» vacías. Nada más, pero era bastante. Allí había habido alguien hasta hacía muy poco tiempo.

Harvey se movió hacia uno de los rincones sin dejar de alumbrar a su alrededor, con los nervios dolorosamente atirantados, en espera de lo que pudiera venir ahora. Nadie, o, mejor dicho, nada. Pero el fuego atestiguaba que alguien había estado allí comiendo y bebiendo. Y ¿quién otro podría ser que el hombre de la cara enrojecida? El asesino del niño y quizá de los negros, el compañero del italiano. ¿Cómo lo había llamado este último? Hugh Brace; eso era. Ése era el nombre.

Avanzó por la nave hasta encontrarse al otro lado, el frontero a aquél por el que entró. La lavandería no podía constar sólo de aquella planta. Debería haber un sitio para las oficinas, el almacén de prendas, algo, en fin. Y para ello sería necesario un hueco o una escalera.

Sí, allí estaba. Una escalera de cemento que arrancaba de uno de los rincones, perdiéndose en las oscuridades de arriba. En el momento en que lanzaba la luz de su linterna para iluminar las gradas, oyó el ruido de alguien que tropieza, exactamente el mismo ruido que debía haber producido él al caer sobre los hierros del patio. Una persona había entrado en la lavandería. Ahora ya no se encontraba solo.

Se quedó rígido, pero reaccionó casi al instante. Apagó la luz y se puso pegado a la pared, junto a la escalera, rogando *in mente* a Dios por que el que entraba no fuese provisto de una luz. Pero no duró mucho su súplica. A través de algo que seguramente sería una ventana vio un lejano resplandor hacia la puerta de entrada. El que venía tenía también una linterna.

Miró a su alrededor desesperadamente, sin dejar de apretar la pistola con la mano derecha, mientras que con la casi inútil izquierda sujetaba la lámpara.

El chisme aquel del centro de la nave, claro. Era el único sitio en

que podría esconderse para dejar pasar al otro. Podría ir girando a su alrededor. La solución no era demasiado buena, pero sí la única.

En cuatro zancadas, que procuró hacer lo más silenciosas posible, se plantó al lado de la cosa metálica. Pero no pudo evitar que uno de los desgastados tacones de sus zapatos crujiera lúgubremente; rechinando en el concreto.

La luz del que entraba recorrió lentamente la gran nave, deteniéndose, en especial, en el aparato mecánico. Desde donde estaba, Harvey no podía ver más que una sombra oscura en los pocos momentos en que la luz no se dirigía casi, rectamente sobre él. Conteniendo la respiración, procuró no moverse ni media pulgada, porque sabía que un objeto inmóvil adquiere un mimetismo que no posee en absoluto un cuerpo que se mueve.

Uno... dos...; lo menos tres minutos tensos y horrorosos transcurrieron hasta que la luz dejó de moverse. Entonces pareció que el que la sostenía se dejaba caer al suelo, porque la linterna quedó a ras del piso. Harvey, asombrado, se preguntó qué estaría haciendo el otro, hasta que vio el resplandor de una cerilla. Y ahora lo comprendió. Para ahorrar pilas, el hombre debía poseer una vela o quinqué de gasolina. En efecto, la llama se hizo más viva y más alta, y entonces pudo ver claramente al visitante.

Era él. A pesar de la distancia y de la escasa luz, pudo ver la cara, cuyo color rojizo se transformaba ahora en un chocolate sucio por la penumbra, pero eran las mismas narices engordadas en la punta, narices de borracho, y la misma gorra tapándole media oreja. Su búsqueda había terminado.

Sintió que sus músculos se ponían tirantes a causa de la excitación, y el sudor le corrió por la mano que sujetaba la pistola, como ocurre cuando apretamos algo con mucha fuerza. Es necesario haber pasado lo que él en el corto espacio de unas horas para poder comprenderlo. Era eso, la venganza al alcance de su mano y, al mismo tiempo, la justicia, la completa y absoluta justicia.

La idea de que él no debía tomarse aquella justicia por su propia mano no le pasó siquiera por la imaginación. Lo único que sabía es que estaba allí, muy cerca, el hombre, Hugh Brace. Y eso bastaba para él.

Un paso, muy ligero, suave, sin sonido... Otro... Y otro más. Ahora, ya su cuerpo estaba por completo al descubierto y su mano

se levantaba, armada con la automática que perteneciera al italiano. Nada más que diez pasos le separaban de Brace. Diez pasos nada más que ahora se convertían en nueve. Ocho... Un rictus en el que se mezclaban la amargura, el odio, el odio que casi se podía palpar, crispaba las comisuras de su boca, como en una risa satánica. Siete pasos... Ahora seis... Entonces Brace, repentinamente, alzó la cabeza y clavó la mirada en la gigantesca sombra que la botella de «*whisky*», con la vela puesta en el cuello, lanzaba sobre la pared. Aquella sombra que semejaba un enorme murciélago con las alas extendidas, y dio un grito, uno solo.

IX

6,45 A. M.



O siento, pero el hombre no puede hablar, ni probablemente podrá en mucho tiempo —dijo el doctor, entrando en el despacho sin saludar siquiera.

Era un hombre alto, con lentes montados al aire, que cabalgaban a los lados de la larga y semítica nariz.

—¿No? —preguntó Carney, haciendo una mueca—. Doctor: si hay alguna manera humana de conseguirlo...

—No —respondió secamente el médico—. Ni puedo ni quiero hacerlo. Ese hombre ha sufrido un serio vómito de sangre y le voy a hacer una transfusión dentro de quince minutos. Lo siento, agente, pero no hay nada que hacer. ¿Era muy importante?

—No se puede figurar hasta qué punto —respondió Carney, tocándose los enrojecidos ojos con la mano derecha—. En fin... gracias por todo. Espero que me avise cuando pueda, pero... —No acabó la frase ni era necesario hacerlo.

Dio media vuelta y salió del despacho del médico director. Éste lo vio alejarse con un gesto un poco duro.

—La Policía es una institución maravillosa, pero a veces, muy pocas, he de reconocerlo, sus intereses chocan con los de nosotros —le explicó a su ayudante, un joven correligionario que le miraba con seriedad—. Sí, y me alegro que sean tan escasas las ocasiones en que esto ocurre.

Carney había enviado de nuevo a Brenda a su casa, pero no sin que antes la joven le hubiera hecho prometerle que la avisaría en cuanto se supiera algo nuevo. Phil volvió en el coche policíaco a Centre Street y se dejó caer ante su mesa. Apenas había cerrado los ojos, cuando un sargento de la Policía penetró en la habitación.

—Algo nuevo, señor —dijo, con tono profesional, sin ningún rastro de emoción.

Phil lo miró interrogativamente.

—Hemos descubierto al guardián de un aparcadero particular, señor, cerca de Broadway y del bar donde mataron al hijo de Knowles.

—¿Qué dijo?

—Un hombre, cuyas señas corresponden a las del italiano ese, dejó allí un coche y se marchó. Un «Buick», mil novecientos cincuenta. Estuvo un rato fuera y luego volvió, pero acompañado por un hombre que antes había estado mirando los «corros» y soltando vaguedades acerca de un amigo. Bueno; pues el italiano, si es que es él, iba sin sentido, borracho, dice el guardián, y el otro lo llevaba a rastras casi. Con ayuda del cuidador lo metieron en el coche y luego se marcharon.

—Las señas del que lo llevaba.

—Pues... verá, señor. Corresponden y no corresponden a Stoneham.

—Hable claro —dijo Carney, fastidiado—. ¿Qué diablos quiere decir eso de «corresponden y no corresponden»?

—Pues... verá, señor. Lo que dice el guardián acerca de su cara y demás, aunque lo vio poco, podría ser de Stoneham, pero lleva un

gabán de esos de piel de camello. Y eso no lo llevaba Stoneham, ¿no es así, señor?

Carney se puso en pie.

—Que traigan a ese cuidador de coches al hospital y que identifique al italiano si puede. Yo lo veré allí dentro de diez minutos.

Telefoneó rápidamente a Brenda y la joven cogió el aparato casi al momento. A la pregunta de Phil contestó negativamente, asombrada.

—No. Harvey jamás tuvo una prenda de ese género. Ya sabes tú que es bastante descuidado en el vestir. No, seguro que no.

—No te rompas la cabeza, querida. Ya sabremos. Quizá sigamos una pista equivocada.

Pero no seguían una pista equivocada. El guardián, ante la pálida cara del italiano, fue categórico. Aquél había sido el hombre que le dejó el coche y que luego regresó acompañado de otro y borracho. Es decir —dijo a la defensiva—, él creía que estaba borracho porque así se lo había asegurado su compañero.

Repitió las señas de este último y Carney le enseñó una «foto» de Stoneham. El cuidador se rascó la cabeza un momento y por fin dijo:

—Siempre he sido buen fisonomista. Ése es el hombre, oficial. Apostaría la cabeza.

—Se la corto si resulta que no lo es —respondió adustamente Carney. Y luego, cuando el hombre se marchó, agregó, volviéndose hacia su subordinado Borst, que le había acompañado—: También ladrón, ¡santo Dios! porque si no, ¿de dónde diablos puede haber sacado un gabán de pelo de camello en muy buen uso?

Empezó a dar órdenes a una velocidad meteórica, y un momento después, varios cientos de policías comenzaban la búsqueda, partiendo del aparcadero particular. Pero no duró mucho aquello, porque era casi seguro que Stoneham no tenía por qué volver por allí después de haber estado en casa de Brenda.

—¡Pero estoy completamente convencido de que el italiano del demonio le ha dicho algo! —exclamó Carney, ya en el paroxismo de la rabia—. Y ese zopenco se lo ha callado, seguramente para tomarse la revancha. ¡Dios, con qué gusto le retorcería el pescuezo por tozudo! Siempre fue así.

—Hay que reconocer que ha llevado la cosa a la velocidad del rayo —dijo Borst—. Tan rápido, por lo menos, como lo pudiéramos haber hecho nosotros. Lo que no me explico es cómo dio con el italiano.

—Suerte —respondió su jefe—. Seguramente debido a la grande, a la inefable casualidad. ¡Eso es lo que ha debido ocurrir!

Un vagabundo que estaba esperando a que los camiones de leche empezasen su reparto, dejando los botellines en las puertas de las casas, para poder desayunarse un par de ellos sin ningún dispendio, tenía que cruzar la calle de Forbes, para salir del Riverside y del parque Washington.

Era un hombre de mediana edad, con una barriga que desmentía sus palabras cuando aseguraba lastimeramente que no había comido en todo el día a algún transeúnte ligeramente crédulo. Aquella barriga estaba formada en partes iguales por la holganza y por los numerosos botellines de leche que trasegaba matinalmente.

La rebusca en los cubos de basura también suele ser productiva. Vagabundos hay que en su vida han pasado hambre, y solamente con molestarse en escarbar con un palo en los montones de desperdicio acumulados en los patios de salida. Latas de conserva que sus dueños creyeron pasadas de fecha, botellas con un par de dedos de licor que un amante del sueño le tiró a un escandaloso gato callejero; en fin, un verdadero botín.

El vagabundo este no sentía ningún apetito en este momento. La noche anterior, en compañía de un cofrade, habían consumido botella y media de una ginebra de magnífica calidad, y sentía el estómago ligeramente alborotado. Lo que necesitaba era un buen café, eso es, un buen café. Y echarse un sueñecillo en cualquier parte, porque pronto amanecería y no deseaba que algún guardia lo viese con aquella facha. Los guardias tenían la detestable e incivil costumbre de llevárselo a uno a la seccional más próxima y meterlo en un calabozo sin ventilación.

Sí, lo mejor era esconderse ya de una vez, aun cuando fuera sin café. Para ello, lo ideal sería la vieja lavandería. Hacía tiempo que tenía sus sospechas de que no era él solamente el que buscaba refugio en ella, y sus sospechas se habían tornado en vehemente certidumbre unos días atrás.

Inmediatamente, cuando se convenció, y pensando en la

acogedora compañía de algún cofrade, hizo las señales[6]. Pero ante su inmenso asombro, no fueron contestadas ninguna noche. Y ningún vagabundo hubiera hecho esto, no, señor; eso es inicuo. A esas cosas, todos contestan y suelen decir la verdad.

Así que no era un caballero del camino. Bueno; de todas maneras, si se alojaba allí sería porque no tenía dinero para pagarse una habitación en el Waldorf, ¿no es así? Pues siempre sería una compañía. A lo mejor ahora lo encontraba.

Abrió la conocida puerta de madera que chirriaba y, fruto de una larga práctica, atravesó el patulejo sin tropezar con nada y sin producir el más leve ruido. Cuando llegaba cerca de la puerta del edificio de la lavandería, a través de una de las ventanas sin cristales, distinguió la vacilante luz de una vela o un candil. Bueno; conocería al incógnito individuo que durante cinco o seis noches se había alojado allí. Y vería también por qué no había contestado a sus preguntas en clave.

Llegó a la puerta y se asomó. Y en el mismo momento, sus nervios dieron un brinco espantoso, porque acababa de resonar delante de él un grito agudo, horrorizado.

El vagabundo no era un hombre valiente, ni hablar de eso. Y lo que vio no era para volverlo más bravo. En primer lugar, una vela que alumbraba en la pared una enorme sombra, que lo mismo podía ser animal u hombre o fantasma, y una figura humana, más pequeña, que era la que, por lo visto, acababa de lanzar el grito. Y fue tal el susto, que él también gritó agudamente. La verdad es que lo que menos se esperaba él era aquella escena de aquellarle.

Harvey Stoneham, creyó escuchar el eco del grito de Hugh, y miró indeciso hacia la puerta. Ése fue el momento que eligió el secuestrador para ponerse en pie y tratar de sacar la pistola.

El vagabundo volvió a gritar y dio dos pasos hacia atrás, aun cuando sus piernas se negaban vehementemente a correr, tal era el pánico que lo poseía.

—¡Deténgase! —aulló Harvey, apuntando con su pistola hacia Hugh.

Pero éste, que se había puesto en pie, dio un salto hacia la puerta, tropezando con el cuerpo del vagabundo, que no había podido retirarse a tiempo.

Harvey disparó, pero su puntería estuvo frenada por el deseo de

no dar al nuevo visitante, cuya identidad desconocía por completo. Pero él, al que quería matar era solamente a Hugh.

El vagabundo se lanzó a la atareada faena de lanzar gritos de pavor a la respetable velocidad de tres por segundo. Una garra feroz le había apretado la garganta, y sólo dejó de gritar cuando ello le fue materialmente imposible.

No era mala la táctica de Hugh Brace. El peligro, al menos lo que él podía ver, sólo venía por el frente. Pues cubriéndose con el cuerpo del hombre que tan providencialmente había aparecido en la puerta, el peligro se atenuaría en un noventa por ciento, por lo menos.

La bala de la automática de Harvey se estrelló en la jamba de la puerta, dos pulgadas encima de la cabeza del individuo, el cual disparó a su vez. Sólo la agilidad de Stoneham pudo evitar que la bala le alcanzase en pleno pecho.

El vagabundo había dejado de gritar, pero estertoreaba intermitentemente, poseído de un pánico muy justificable. Él, que esperaba pasar una tranquila mañana en algún lugar apartado de las conspiraciones policíacas contra su libertad personal, se encontraba ahora en medio de un espantable «cacao», en el que lo más probable es que resultase muerto o, por lo menos, herido. Y en el colmo de la desdicha, se vio a sí mismo con una pierna o un brazo de menos, pidiendo limosna o viviendo en esos horribles antros de limpieza que son los asilos para ancianos e impedidos.

Harvey se lanzó en plancha al suelo en el momento en que su enemigo disparaba buscándole el cuerpo. Y entonces, Stoneham tuvo una idea, sin saber cómo no se le había ocurrido antes. Mientras la vela estuviese encendida, el otro le llevaría la ventaja. Disparó a ras de suelo, alcanzando a la botella, que se partió con crujido de cristales. Instantáneamente, la vela se apagó.

No solamente no llevaba el otro la ventaja, sino que ahora la tenía él, porque una débil claridad empezaba a filtrarse por el hueco de la puerta. Apenas era algo más que una disminución de las tinieblas, pero sirvió para que pudiera ver cómo Hugh reculaba lentamente, arrastrando aquel montón de carne aterrorizada.

—¡Te voy a matar, perro! —le dijo, avanzando con lentitud sobre el vientre, pulgada a pulgada.

—¡Asqueroso polizonte! —dijo el otro—. No saldrás vivo de aquí

—y disparó de nuevo, pero esta vez ya no veía nada.

Desde el interior de la nave, las sombras más espesas le acechaban y de cualquier sitio podía parar el disparo que se clavase en su escudo humano.

El vagabundo estaba gordo y pesaba mucho, porque no hacía ningún esfuerzo por mantenerse en la vertical. El terror había convertido en flácidas bolsas de patatas sus paquetes musculares, y la fuerza de gravedad tiraba de él hacia el suelo en proporción directa a su masa. Por tanto, el esfuerzo que había de realizar Hugh no era nada pequeño.

—¡En pie, maldito! —dijo—. ¡En pie, que te atravieso la barriga de un balazo, gordo asqueroso!

Las amenazas sólo podían producir el efecto contrario sobre el pobre caballero del camino. En efecto, lo aterrorizaron aún más. Ahora era su tripa la que se veía amenazada, su querida tripa, que fuente de tantas satisfacciones constituía para él cuando lograba rellenarla de buenos alimentos. El panorama era tan horrible, que sus cuerdas vocales hallaron la manera de expresar a gritos su completa disconformidad con semejante trato. El total se pareció bastante al chillido de una rata que se encuentra de pronto a dos palmos del húmedo hocico de un «foxterrier».

Harvey estaba ya casi en la puerta cuando el vagabundo chilló, y por un momento, temió que el hombre hubiese sido muerto, pero aún pudo ver las dos figuras perreando y braceando, mientras Hugh trataba por todos los medios de conseguir dos cosas sumamente difíciles ya por separado: el sostener al vagabundo en pie y el caminar hacia atrás sin tropezar y caerse con los hierros que había a su espalda. Harvey se dio cuenta de la situación con rapidez y se preparó para actuar.

Levantó la pistola, sin apuntar al bulto, y disparó. El silbido de la bala sobre el oído de Hugh Brace, sirvió para que éste, dándose cuenta del peligro que corría, forzase la marcha. El resultado no se hizo esperar.

Un hierro, uno solo entre los montones que estaban esparcidos por el patio, fue suficiente para hacerle tropezar, y, en las ansias por no caer al suelo, soltó al vagabundo. Y las cosas siguieron precipitadamente. El vagabundo, al verse suelto por un momento, dio un empujón a su verdugo e intentó correr, pero su exacto

conocimiento del lugar fue neutralizado por el miedo que anidaba en cada una de sus fibras y él también tropezó, rodando por el suelo como un montón informe de andrajos gimoteantes.

Harvey se dio cuenta de que algo había ocurrido, cuando vio vagamente cómo las sombras se separaban una de otra. La claridad era un poquito mayor, de manera que pudo dar un salto, uno solo, y cayó sobre Hugh.

Por fin, sus manos podían tocar algo de aquella fiera. Sus manos... Por fin podía sentir la vida del otro palpar entre sus manos, que apretarían hasta ahogar. Por fin...

Hugh gruñó ferozmente e intentó meter la pistola entre su propio cuerpo y el de Harvey, para disparar, pero ya ambos estaban demasiado juntos para eso. Entonces sintió que dos brazos se le ceñían a la cintura, sujetando al mismo tiempo los suyos.

Sintió miedo. Quizá, por primera vez en su vida, se vio ante un hombre que era, por lo menos, tan fuerte como él y, además, algo en su mente primitiva le dijo que si aquello era un polizone, era el primer polizone que se le venía encima con ansias de matar. Porque no había duda, aquel hombre quería matarlo.

Lanzó dos gruñidos más, única forma en que parecía poder expresar su miedo y su disgusto, y mordió ferozmente un brazo, que al instante aflojó la presión. Entonces logró colocar su rodilla en el vientre de su atacante y empujó con todas sus fuerzas.

Harvey se sintió impulsado hacia atrás como si se hubiese puesto en contacto con una catapulta y cayó de espaldas, casi al lado del vagabundo, que pugnaba por salir del enredo de hierros oxidados en que había caído. Por lo visto, un colchón de muelles había frenado su caída, pero los muelles se le habían enredado en las piernas y no le dejaban escapar.

Hugh Brace se puso en pie, muy inclinado, y apuntó con su pistola al cuerpo de Harvey. Éste, viendo el movimiento, se apartó rápidamente, rodando sobre sí mismo, y la bala se hundió con sordo ruido en el piso de cemento. Una de las esquirlas de este material se le clavó en la frente, produciéndole un dolor insoportable.

Su pistola escupió hacia el cuerpo del secuestrador y esta vez sí hizo blanco. Vio cómo la figura del otro se estremecía, y él mismo se incorporó hasta quedar de rodillas.

Pero Hugh sólo debía estar herido, y muy ligeramente. Como

una tromba se precipitó sobre él. Pero antes ya había oído Harvey el seco golpear del percutor. Las balas se le habían acabado.

Harvey no dijo más que:

—¡Ahora! —Y tiró su pistola.

De haber pensado aquello, no lo hubiera hecho jamás, porque tenía un hombro herido y no podía luchar en buenas condiciones, pero no lo pensó siquiera. Sólo sabía que habían de ser sus manos las que arrancasen aquella vida, sus manos solamente.

El enorme peso del cuerpo lo lanzó contra el suelo, debajo de Hugh, y ni siquiera podía utilizar la rodilla, por la postura en que estaba. Cayó de costado, y fue precisamente su hombro herido el que recibió el golpe.

Ya se sabe lo que ocurre cuando uno tiene la sangre hirviendo. Hace falta que el dolor sea agudísimo, casi hasta hacerle perder a uno el sentido, para que se note. El ni siquiera gritó, no. En vez de ello, procuró estirar las piernas para que la postura no fuera tan violenta y se dispuso a actuar... si es que el otro lo dejaba.

Las manos de Hugh pugnaron por enrollarse a su garganta y él pudo evitarlo cogiendo una de ellas con su derecha. La cogió precisamente por la muñeca y la apartó de sí con un fuerte impulso, mientras las piernas del secuestrador intentaban enredarse con las suyas para mantenérselas inmóviles.

—¡Muere! —exclamó el otro con su cara a dos o tres pulgadas escasas de la suya, echándole el aliento apestoso a «*whisky*» barato y a algún alimento corrompido—. ¡Muere! —repetía una y otra vez como si solo fuese capaz de pronunciar aquella palabra.

Harvey, entrenado en la mejor escuela, en la guerra, no habló. Procuraba conservar todas sus energías para la lucha final. Para la última lucha. El o Hugh habían de morir allí.

Pero no podía hacer uso de su brazo izquierdo, y, desesperadamente, se dio cuenta de que estaba perdiendo la partida. Su mano derecha, empujada por la del otro, se fue acercando lentamente a su propio cuello. Al mismo tiempo, un brazo descomunadamente gordo, lo cogió por el cuello, que él intentó retraer para evitar la estrangulación.

Era una pelea sorda, callejera, en la que todo estaba permitido. No era la ocasión aquella de pensar en qué método de lucha sería preferible, lo mismo que el hombre que se está ahogando no piensa

en el estilo que haya de emplear para salir a flote. Se preocupa de nadar y no de otra cosa.

Fue él entonces quien mordió, clavando los dientes hasta sentir cómo la carne se rasgaba y la punta de sus caninos chocaba contra el hueso. Hugh lanzó un alarido bestial y lo soltó, sin dejar de chillar. Para entonces, Harvey había conseguido volverse un poco para no presentar su costado al atacante y se encontraba en una situación ligeramente más favorable.

De nuevo Hugh apretó con todo su peso sobre él, esta vez golpeándole el estómago una y otra vez, con golpes dados casi al azar. La luz se había hecho cada vez más fuerte y ya podían verse incluso las caras. Y era horrible contemplar la del maleante: Con los dientes al aire, amarillentos por el tabaco, y las narices moqueando y sangrando al mismo tiempo.

Fue el principio del fin. Dos brazos de enormes músculos se apretaron contra su cuerpo, privándole de la respiración y causándole un dolor agudo en el hombro herido. Sintió que la visión se le oscurecía ante el brutal apretón y procuró no soltar el aire de sus pulmones. Si lo hacía, lo sabía, estaría perdido y todo habría acabado. Y lo que era peor, pensó entre nieblas, jamás nadie castigaría a aquel hombre. Sus crímenes quedarían impunes.

El vagabundo había logrado desenredar sus pies de entre los muelles del «somier» y se puso en pie, lanzando sordos gemidos que indicaban a las claras su lamentable estado de ánimo. Alzó los brazos hacia el cielo, manoteando enloquecido, como si quisiera echar a volar y lanzó un nuevo gemido más fuerte que los anteriores cuando su mano chocó contra un hierro que le causó una larga herida en el dorso. Él no lo sabía, pero aquello salvó la vida de un hombre.

El «somier», cuyos muelles estaban esparcidos por el suelo en montones, se hallaba en precaria situación de equilibrio sobre dos largas vigas en forma de «T». El golpe del vagabundo, además de hacer que éste se hiciera, destruyó el equilibrio y la masa de acero y hierro, se vino abajo, rozándole a él el hombro y cayendo sobre los contendientes. Eso, precisamente eso, fue lo que salvó la vida de Harvey cuando éste, ante la bestial presión de los brazos de Hugh, se veía obligado a expulsar el aire que aún le quedaba en los pulmones.

El borde del «somier», afilado como suelen estar esta clase de chismes, golpeó inertemente la cintura de Hugh y sus pies, partiéndole éstos últimos como si hubiesen sido una pella de manteca. Hugh Brace abrió mucho la boca, pero ningún sonido salió de ella y al instante dejó de apretar, Harvey se dio cuenta de que un milagro lo había salvado y reuniendo todas sus energías, apartó aquella masa y consiguió arrodillarse.

Ahora la visibilidad era casi completa, aun cuando las nubes cargadas de nieve habían vuelto a posesionarse del cielo. A esa luz gris de la madrugada, Harvey logró ponerse en pie, atontado, y, cogiéndose la frente con la mano derecha, miró hacia abajo.

Hugh estaba en el suelo, retorciéndose, y sin poder mover los pies. El brutal choque con el «somier» le debía haber destrozado los tarsos de ambas extremidades. Harvey se aproximó hasta él, oyendo los gemidos del vagabundo que contemplaba la escena con los ojos desorbitados.

—¡Cállese! —le ordenó—. ¡Cállese, o por Dios que hago lo mismo con usted!

El hombre se puso más pálido aún de lo que ya lo estaba y retrocedió un paso.

—¡No, por favor! Soy un pobre hombre —dijo—. Tengo hijos... mis hijos. Yo, caballero...

—¡Cállate! —exigió en el colmo de la ira. Se agachó y recogió la pistola del suelo. Con un aire de dolor insoportable, Hugh lo contemplaba desde el suelo, con los ojos muy abiertos.

—Mataste al niño —dijo Harvey con voz sin inflexiones—. Mataste a los negros e intentaste que yo cargase con las culpas. Vas a morir —se aproximó mucho a él hasta que las caras casi se tocaban y le enseñó la pistola—. ¿Te acuerdas de mí, perro? Soy el hombre al que quisiste que ahorcaran. Pero ahora eres tú el que va a morir y no yo. ¡Voy a morir! —añadió recreándose en la palabra—. ¡Vas a morir!

—¡No! —Fue un alarido lamentable el que salió de aquella boca, y Hugh se retorció, sin poder valerse de sus rotos pies—. ¡No!

—Sí.

Le apuntó a la cabeza y su dedo rodeó el gatillo, empezando a apretar. Así es como tenía que acabar con aquel hombre, matándole un poco en cada segundo que transcurría. Un poco cada vez.

—¡No! ¡No! ¡No! —Seguía gañendo Hugh hipnotizado por la negra boca de la pistola.

El dedo estaba pegado ya al gatillo, y empezaba la presión. La pistola era de dos tiempos y Harvey oyó el seco chasquido del primero. Ahora vendría la muerte.

Apretó las mandíbulas y sus ojos parecieron lanzar llamas, pero el dedo no siguió adelante. «No podía». No podía, sencillamente, matar a aquel hombre así, a sangre fría. De haber sido en lucha abierta, de haber visto amenazada su existencia, hubiera disparado sin vacilaciones de ninguna clase, pero así no podía. Era una simple imposibilidad física y moral. «No podía».

La pistola describió un círculo, hasta apuntar al suelo.

—No te mereces morir así, perro —dijo trabajosamente, con un esfuerzo—. Debes morir en la silla eléctrica, y que Dios se apiade de tu alma. ¡Ayúdame! —le ordenó volviéndose al vagabundo que parecía próximo a desmayarse de terror. En realidad, casi lo estaba ya.

—¡Yo! —gimió.

Harvey se volvió a él como picado por una serpiente y lo cogió por el cuello.

—¡Imbécil! —bramó—. ¡Ayúdame a llevarlo fuera o te corto el pescuezo!

El otro no se hizo repetir la orden. Si hay alguna vez un vagabundo cuya existencia haya transcurrido pacíficamente, ése era él. Un par de veces solamente lo había cogido la Policía y lo había encerrado, pero nada más. Y ahora, en el corto espacio de media hora, había vivido todas las emociones y sentido todos los espantos. Y eso había destrozado por completo el espíritu del hombre que creyó ser siempre un pilar de la sociedad, un pilar un poco desviado, pero un pilar al fin y al cabo.

Cogió por los pies a Hugh, y esto hizo que el herido empezase a gritar diciendo que tenía rotos todos los huesos y que quería un médico. Harvey, sin hacerle caso, lo tomó por los hombros.

—Camina —ordenó al vagabundo.

Y a la pálida luz del amanecer, el extraño grupo emprendió el camino, sorteando los montones de retorcidos hierros que llenaban el patio de lo que fue la vieja lavandería.

X

9,30 A. M.



L vendaje acababa de ser colocado de nuevo y la hemorragia no había continuado. Harvey cerró los ojos mientras un barbero al servicio del hospital le acababa de afeitar, y se dejó estar tranquilo, casi en un ensueño. Por fin había terminado todo y por fin podía descansar después de aquella noche de prueba. Un momento después caía en un profundo sueño.

Pero no duró mucho. Sintió cómo una mano levemente perfumada aleteaba junto a su frente y abrió los ojos extrañado. Una cara enmarcada entre las ondas del pelo, una carita delgada, de pálidas mejillas y grandes ojos que lo miraban ansiosamente.

Brenda.

—Querido —oyó a la voz añorada decir junto a su oído.

—Gané —dijo él. No sentía ningún deseo de moverse, pero procuró cazar al vuelo la mano. Ésta no se retiró y se dejó aprisionar entre la suya.

—Querido —volvió a murmurar ella—. Me parece mentira volver a verte después de esta horrorosa noche. Mira, el sol va a salir.

—No me importa el sol —respondió él—. Sólo me importas tú. Brenda, Brenda, tu carta me devolvió a la vida. Verás, es curioso. Yo pensaba que podía seguir así, indefinidamente, bebiendo y tratando de olvidar las pesadillas. Pero, alma mía, tu carta me hizo verlo todo claro. Aun cuando no hubieran ocurrido todas esas cosas, hubiera continuado el camino que tú me abriste. Sí, yo me marchaba a casa cuando tropecé con el cadáver del pequeño. Me marchaba a trabajar, a estar tan cansado cuando acabase la noche, que no podría ni tener pesadillas luego.

Los labios, de la joven se apretaron contra los suyos hasta casi cortarle la respiración, y él bebió en ellos su amor. En ese momento, un discreto golpecito en la puerta entreabierta llamó la atención de ambos. Con un suspiro de desencanto, Brenda se apartó de él y se volvió hacia la puerta. La alta figura de Phileas Carney se apoyaba en el umbral.

No había dormido, desde luego, ni se había afeitado. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo revuelto, y todo él presentaba un extraordinario aspecto de cansancio.

—Ya ha confesado —dijo—. Buena faena, Harvey. No creí que... —Se detuvo vacilante.

—No creías que yo fuese capaz de llevarla a cabo, ¿verdad? —preguntó Stoneham sonriendo—. Pues ya lo viste. Lo hice.

—Sí, lo sé. Pero hay algunas cosas que no me explico todavía —encendió un cigarrillo después de darles uno a cada uno y prosiguió—: ¿Por qué te escabulliste del hombre que puse a seguirte? Hubieras corrido menos peligros y hubieras hecho menos tonterías si te hubieras mantenido a su lado.

Harvey rió silenciosamente.

—No me escabullí, Phil. Sencillamente, una riada de personas nos separó en el torniquete del metropolitano y me llevaron casi en

volandas hasta el vagón. No tuve opción de ninguna clase, querido; todo vino rodado.

Phil lo miró incrédulamente.

—¿Es verdad eso? —preguntó.

—Así es. Prosigue.

Phil miró a la joven un momento y luego apartó la vista.

—Debo reconocer que Brenda tuvo mucha más confianza en ti que yo mismo, pero no es mía la culpa. Quizá el constante contacto con criminales me ha hecho más desconfiado de lo que debiera. En fin... Otra pregunta: ¿De dónde diablos sacaste el gabán de pelo de camello?

Esta vez Harvey no se rió.

—Me lo dio un hombre —dijo mirando a su prometida—. El mejor hombre que me he echado jamás a la cara.

—Háblame de él. Me gustaría decirle un par de cosas. Me voy imaginando que fue el que te curó la herida del hombro, ¿no es cierto? Es el vendaje de un profesional. Seguramente de un sanitario.

—No, un médico. No solamente me vendó y me sacó la bala, sino que me alimentó y no me delató. Brenda, si alguna vez tenemos algún chico, se llamará como ese hombre, Frank. Es mentira, Phill, que las personas que han sufrido mucho sean las de carácter más agrio. A veces se convierten en verdaderos ángeles.

Hubo un silencio.

—Se llamará Frank, querido —dijo ella.

—Bien —dijo Carney, incorporándose—. Creo que ya no queda nada por solucionar, sino desear que seáis muy felices... aunque no demasiado. No creo que yo pudiera soportarlo —y sonrió.

—¿Murió Knowles? —preguntó Harvey.

—Sí. Los dos, el «barman» y él. Déjame ver... El niño, uno; los dos negros, tres; Knowles y el «barman», cinco, y el banquero en un sanatorio, riendo como un bebé y entreteniéndose con los juguetes de su hijito. Cinco muertos, un demente y tú herido, ha sido el saldo de esta noche. ¡Dios! A veces no quisiera ser policía ni aun del F. B. I.

—Pero esta noche me ha devuelto a mi Harvey —dijo Brenda de pronto, con esa extraña e irrefutable lógica femenina que a veces se encauza por los más raros derroteros, y sin darse cuenta de la

mueca dolorida del agente federal.

—Repito que fue un buen trabajo —dijo Carney al cabo de un momento—. Y lo más extraño de todo... —Se quedó pensativo unos instantes y luego sonrió de pronto. Su cara perdió aquella expresión levemente acongojada—. No te pongas muy orgulloso, querido Harvey —dijo con un poco de burla—. ¿Sabes qué es lo que ha hecho todo esto?

—No te entiendo. ¿Qué diablos quieres preguntar?

—Sí. ¿Sabes qué es lo que ha movido este asunto desde el principio al final? La casualidad. Sí, así como suena. Únicamente la casualidad.

—¡Vete al diablo! ¿Es que yo no hice nada?

—Claro que sí: dejarte llevar por la casualidad. Escúchame con atención.

«Entraste en ese bar por casualidad. Por casualidad viste al hombre con el niño y por casualidad te enfrentaste o te hiciste antipático al “barman”; aún no lo sé. Por casualidad sacaste allá la carta de Brenda y viste los billetes y pronunciaste aquella extraña frase. Por casualidad encontraste al niño muerto y la casualidad hizo que un patrullero te descubriera junto a él.

»Por casualidad te separaste de mi hombre y por casualidad el “barman” que había mentido sobre ti no podía desdecirse porque había recibido una herencia y se había marchado. Por casualidad descubriste quién era el negro antes de que mis hombres lo consiguieran, y por casualidad...

—Sí —dijo Harvey pensativamente—. Tienes razón, Phill. Déjame seguir, ¿quieres? Por casualidad cogí un bolsillo del gabán de Hugh y por casualidad me tropecé con el doctor Paulson, que había visto el gabán sin bolsillo. Por casualidad encontré a Knowles. Y casualmente fue como descubrí la manera que tenía el italiano de vigilarme. Y, por último, fue la casualidad la que hizo que el vagabundo entrase en la lavandería y la misma casualidad hizo descender el «somier» sobre la espalda de Hugh cuando ya me estaba ahogando.

—¿Lo ves? No te aconsejo que te sientas demasiado orgulloso.

Los ojos de Brenda llamearon.

—Phill Carney —dijo irguiéndose—. Casualidad o no, yo tengo de nuevo al Harvey que partió para la guerra de Corea. Me imagino que eso es suficiente, ¿no es así?

—Desde luego. «El azar hace milagros» —citó Phileas, disponiéndose a salir—. Adiós, tórtolos —y cerró la puerta tras de sí. Al encontrarse solo se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

—Adiós, Brenda —repitió en voz baja. Una enfermera que doblaba el pasillo se le quedó mirando con simpatía.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó.

El abrió los ojos.

—Sí, que una vida se ha... ¡Diablos! —se contuvo—. No sea que vayan a empezar de nuevo las casualidades y esta vez sea contra mí. Adiós, enfermera.

Y dando media vuelta se alejó por el pasillo a grandes zancadas, en busca de un buen baño, un desayuno, si es que podía pasarlo, y la cama.

FIN

CONCURSO de "VACACIONES 1951"

PREMIOS

1.º	2.000	ptas.
2.º	1.500	"
3.º	1.000	"
4.º	500	"

Total..... 5.000 ptas.

EDITORIAL ROLLAN, agradecida siempre al público, abre un Concurso y ofrece a sus lectores unas espléndidas vacaciones gratuitas con arregio a las siguientes bases:

1.ª En la última hoja de nuestras publicaciones (Selecciones NEVADA, EXTRAORDINARIA DEL OESTE y F. B. I.) se repetirá el texto de estas dos páginas, a partir de hoy.

2.ª El concursante escribirá sobre las líneas de puntos (al dorso) una frase con sentido, extrayendo del texto en cursiva ciertas palabras cuyo número de letras se ajuste exactamente al número de puntos comprendidos entre los espacios en blanco.

3.ª Los premios se repartirán de la manera que a continuación se expresan:

Se sorteará el PRIMER PREMIO entre los acertantes de la frase exigida, frase que a partir de hoy ha sido escrita a D. FLORENCIO PORPETA, Notario en esta capital. Los restantes premios se sortearán seguidamente entre los demás acertantes, exceptuados los que hayan sido agraciados en el primer o primeros sorteos de este mismo Concurso.

4.ª Los concursantes habrán de remitir la *hoja completa* a esta EDITORIAL ROLLAN (San Bernardo, 68, Madrid), indicando en el sobre: «Para el CONCURSO DE VACACIONES», bien cerrado, franqueado con cincuenta céntimos.

El plazo de admisión se cerrará el día 15 de septiembre próximo a las doce horas de su noche.

5.ª La apertura de sobres recibidos y el sorteo se celebrará en los locales de esta Editorial, a la vista del público, y ante la presencia del citado señor Notario, en la última quincena del referido mes, y en el día que se anunciará a su tiempo.

Madrid, 15 de junio de 1951.

EDITORIAL ROLLAN

TEXTO

«Los lectores gozan de las aventuras de los agentes del F. B. I., que es el nombre, también la denominación de una excelente serie de novelas, de un grupo de norteamericanos: hombres que luchan sin miedo y reúnen, infatigables, astutos, inigualables, cualidades y valores como nadie; recuerdan a los famosos vikingos porque son audaces; mosqueteros y "quifotes" que vencen los peligros y la intriga, y, a veces, como los hombres de calidad, sacrifican su vida en emoción continua; y así, eso es lo que se dice y se prueba al hablar del F. B. I.: el "gangster" que crea tener éxito, que esté al borde de la fuga, ha de pensar en los servidores de la Ley, que siempre consiguen la victoria.»

PUNTOS A OCUPAR

F. B. I.
 como . . .

DIRECCION DEL CONCURSANTE

Nombre y apellidos:
 Domicilio: Calle, núm.
 Ciudad: Provincia:

O. C. TAVIN

el autor que siempre se supera a sí mismo en la riqueza argumental, en el interés y en la emotividad de sus relatos, llenos de dramatismo, ofrece ahora a los lectores un jalón triunfal en su producción:

"Killer" a sueldo

Un matón que «ejecuta» con escalofriante serenidad y crueldad cuantas sentencias le son confiadas por gentes, cobardes, por personas que desean deshacerse de enemigos sin salir de la sombra...

El F. B. I. desea llevar a la fatídica silla eléctrica al perverso asesino, pero...

PROXIMAMENTE ESTA GRAN NOVELA

"Killer" a sueldo

PADRE:

Regale una insignia de agente especial del F. B. I. a su hijo

¿COMO?

asistiendo a los concursos de

Aventuras del F. B. I.

5 PESETAS

NOTAS

[1] En los Estados Unidos se empica a.

m. y p.

m. (*ant-meridiam* y *post-meridian*) para señalar las horas. A. m., si es antes del mediodía, y p. m., si es después. (Nota del Editor). < <

[2] En castellano en el original. < <

[3] «Cop», nombre entre familiar y despectivo que aplican americanos e ingleses a los policías de uniforme. (N. del E.). < <

[4] El autor debe referirse aquí a la «v» de la Victoria. (N. del E.).

< <

[5] En castellano en el original. (N. del E.). < <

[6] El autor se refiere aquí al conocido y famoso lenguaje de los signos escritos que utilizan los vagabundos del mundo entero. Con tiza o yeso marcan una señal en una pared, en una puerta, donde sea, y el próximo que llega sabrá si en aquella casa hay perro, dan limosna, hacen trabajar, etc. (N. del E.). < <